
EL PROBLEMA DEL TRABAJO PRODUCTIVO

Mariano F. Enguita

La mayoría de los autores marxistas sostienen un concepto del trabajo productivo que restringe éste al de los obreros industriales que trabajan para el capital. Quedan fuera, por consiguiente, los trabajadores asalariados de los servicios, el comercio y las finanzas. Algunos de entre ellos, además, consideran que el concepto de trabajador productivo es idéntico al de clase obrera, con lo cual son excluidos de ésta los trabajadores asalariados ya citados y, *a fortiori*, los del Estado, cualesquiera que sean sus condiciones de trabajo. Por otra parte, la conceptualización del trabajo productivo como aquel y solamente aquel que se materializa en objetos distintos —en «mercancías», se dice, lo cual es, a su vez, un concepto restrictivo y nada marxista de la mercancía— sirve de base a profecías económicas catastrofistas, según las cuales una cantidad cada vez mayor de capitales pugnaría por una cantidad cada vez menor de plusvalor.

Este artículo se propone demostrar, en primer lugar, que tan productivos como el trabajo industrial —y el trabajo asalariado agrícola— son el trabajo de servicios, la inmensa mayor parte del trabajo comercial y una parte del trabajo para el capital financiero. Para ello discutiremos a lo largo del mismo los textos de Marx al respecto y las posiciones de A. Smith y de algunos autores contemporáneos. Demostraremos que el concepto de trabajo productivo nada tiene que ver con que su resultado sea o no un objeto independiente y

trataremos de explicar las dificultades que la teoría económica marxiana y marxista ha encontrado al abordar el problema. Finalmente, argumentaremos de manera muy breve que el concepto de trabajo productivo no tiene ninguna aplicación directa en el análisis de las clases sociales.

El primer texto en el que Marx aborda, en varias ocasiones, el problema con cierto detalle son los *Grundrisse*. En uno de los encabezamientos de sus cuadernos se refiere a la contradicción del capital con «el trabajo productivo (vale decir, con el que conserva y acrecienta el valor)»¹, y a renglón seguido anuncia la dicotomía: «Trabajo productivo y trabajo como prestación de servicios». Ya en el texto se refiere al «trabajo que crea valor, o sea, el productivo», y lo distingue del trabajo como servicio: «El trabajo como mera prestación de servicios para la satisfacción de necesidades directas, nada tiene que ver con el capital (...) Cuando un capitalista se hace cortar la leña para asar su *mutton*, no sólo el que la corta se sitúa respecto a él, sino él mismo respecto al leñador dentro de una relación de intercambio simple (...) Así ocurre con todas las prestaciones de servicios que los trabajadores intercambian por el dinero de otras personas y que son consumidas por estas personas. Este [intercambio (término introducido por el traductor, a mi juicio innecesariamente, MFE)] es un consumo del rédito, y como tal corresponde siempre a la circulación simple, no a la del capital. Como ninguna de las partes contratantes se enfrenta a la otra como capitalista, esta prestación del que sirve no se puede incluir en la categoría de trabajo productivo»². Y, más adelante, en políglota: «El *fact* es que estos trabajadores *indeed*, son productivos *as far as they increase the capital of their master*»³. (El hecho es que estos trabajadores —se refiere a los que producen artículos de lujo innecesarios—, en efecto, son productivos en la medida en que aumentan el capital de su patrón. Se trata de una cita modificada de Malthus, que define al *productive labourer* como *he that directly augments his master's wealth*.)

«Con mayor exactitud —escribe poco más adelante—, tenemos que de hecho la verdadera definición de trabajador productivo consiste en lo siguiente: un hombre que no necesita ni exige más que lo estrictamente necesario para estar en condiciones de procurar a su capitalista el mayor beneficio posible.» Pero rápidamente comprende y añade: «*All this nonsense*»⁴, todo esto carece de sentido.

Otras definiciones se suceden: «Trabajo productivo es únicamente aquel que produce *capital*»⁵. Reproduce de nuevo la cita de Malthus, esta vez literalmente, y añade: «La expresión es demasiado abstracta, ya que en esta

¹ K. MARX, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, vol. I, p. 206 (edición de José Aricó, Miguel Mermis y Pedro Scaron; traducción de Pedro Scaron), Siglo XXI, Madrid, 5.ª ed., 1976.

² *Ibid.*, p. 213.

³ *Ibid.*, p. 214.

⁴ *Ibid.*, p. 215.

⁵ *Ibid.*, p. 245, en nota.

formulación se aplica igualmente al esclavo. La *master's wealth*, en lo que toca al obrero, es la forma de la riqueza misma en su relación con el trabajo, el capital. *Productive labourer he that directly augments capital*»⁶. Enseguida viene otro pasaje de más interés, por lo que veremos más tarde: «La cuestión de si el capital es o no productivo, es absurda. El trabajo mismo *sólo es productivo* al incorporarse al capital (...)»⁷.

Ahora surge una dificultad, pues no es ocioso el orden en que Marx ha escrito sus distintas obras, al menos desde el momento en que, caso de haber contradicción entre unas y otras, parecería legítimo considerar como definitivo lo dicho en la última de ellas (luego veremos que Mandel hace de esto un argumento: por eso lo traemos a colación). Se tiende a pensar, a primera vista, que los libros, secciones y capítulos de *El capital* fueron escritos por Marx en el mismo orden en que están numerados o en que más tarde serían editados, así como que las *Teorías sobre la plusvalía*, como parece indicar su carácter fragmentario, deben ser excluidas de esta secuencia y situadas en un período anterior. La realidad es ésta: entre los años 1861-1863, Marx elaboró un original formado por veintitrés cuadernos en cuarto, con un total de 1.474 páginas, titulado *Zur Kritik der politischen Ökonomie* (Contribución a la crítica de la economía política). De este manuscrito habrían de salir las *Teorías sobre la plusvalía*, el llamado Capítulo VI de *El capital* —o *Resultados del proceso inmediato de producción*— y los materiales que Engels publicaría en 1885 como libro II de *El capital*. Los años inmediatamente siguientes son para Marx años de intensa actividad como dirigente de la recién creada Asociación Internacional de Trabajadores, y sólo en 1866 se pone a la tarea de dar forma definitiva al libro I de *El capital*, que verá la luz al año siguiente, al tiempo que prepara los materiales del libro III (que publicará Engels en 1894). Es evidente que una buena parte de las ideas desarrolladas en este libro I ya lo habían sido ocho o diez años antes, en la *Contribución a la crítica de la economía política* y los *Grundrisse*, lo que no puede decirse tanto del libro II y, sobre todo, del III, pero esto no nos debe impedir una constatación: en general, la redacción hecha por Marx del libro I es posterior a la de los materiales que sirvieron de base al libro II. Si a esto añadimos que el propio Marx corrigió y modificó parcialmente una segunda edición del libro I en 1873, y que ni siquiera el autorizado carácter de albacea testamentario de Engels respecto a la obra de Marx es garantía suficiente de una perfecta fidelidad al espíritu y a la letra de la misma, se entenderá mejor nuestra sugerencia: acordar mayor autoridad, en su caso, al libro I que al libro II de *El capital*.

El segundo texto al que vamos a recurrir se encuentra en las *Teorías sobre la plusvalía*, y consiste en una exposición y discusión de la distinción entre trabajo productivo y trabajo improductivo que lleva a cabo Adam Smith.

⁶ *Ibid.*, p. 246, en nota.

⁷ *Ibid.*, p. 249.

Veamos primero qué dice Smith. En el capítulo tercero del libro segundo de *La riqueza de las naciones* aparecen, sucesivamente, cuatro formas de distinguir o definir los trabajos productivo e improductivo. La primera se atiene a que añadan o no valor al objeto sobre el que se ejercen: «Hay un tipo de trabajo que aumenta el valor del objeto a que se aplica; hay otro que no produce tal efecto. El primero, en la medida en que produce un valor, puede ser llamado trabajo productivo; el segundo, improductivo»⁸. En la explicación subsiguiente ya no sólo aparece el valor, sino el plusvalor: «el trabajo del obrero de la manufactura añade, por lo general, al valor de los objetos sobre los que trabaja, el de su propio mantenimiento y el del beneficio de su patrón. El trabajo de un sirviente doméstico, por el contrario, no añade nada»⁹. Esta imprecisión entre trabajo que produce valor y trabajo que produce, además, plusvalor se mantendrá de forma constante en Smith.

La segunda forma de clasificación se refiere a si el precio pagado por el trabajo es repuesto o no: «Aunque el patrón adelanta al obrero de la manufactura su salario [craso error de Smith, pues es el obrero quien adelanta su trabajo al fabricante, que sólo lo paga una vez usado; sólo adelanta el salario desde el punto de vista del producto final], en realidad no le cuesta nada, pues el valor de ese salario es generalmente recuperado, junto con un beneficio, en el valor aumentado de la materia a la que el trabajo ha sido aplicado. Pero el mantenimiento de un sirviente doméstico no se recupera nunca»¹⁰.

La tercera división depende de que el trabajo se fije o no en una mercancía material: «El trabajo del obrero de la manufactura se fija o realiza en un objeto particular o mercancía vendible, que dura al menos algún tiempo después de realizado el trabajo. (...) El trabajo del sirviente doméstico, por el contrario, no se fija ni realiza en ningún producto particular ni mercancía vendible. Sus servicios perecen por lo general en el mismo instante de su prestación, y raramente dejan tras de sí alguna huella o valor con los que se pueda procurar después una cantidad igual de servicio»¹¹.

La cuarta y última distinción depende de que el trabajo se cambie por capital o renta: «La parte del producto anual de la tierra y el trabajo de un país que repone un capital, nunca se emplea de forma inmediata para mantener otra cosa que no sean brazos productivos. Solamente paga los salarios del trabajo productivo. La que es destinada de inmediato a la constitución de una renta, sea como beneficio o como rédito, puede mantener indistintamente brazos productivos o improductivos. (...) Los trabajadores improductivos, y los que no trabajan en absoluto, son todos mantenidos con renta»¹².

⁸ A. SMITH, *The Wealth of Nations*, pp. 429-430, Penguin, Harmondsworth, 5.ª reimpresión, 1977; ed. castellana, Orbis, S. A. Ediciones, 1983.

⁹ *Loc. cit.*

¹⁰ *Loc. cit.*

¹¹ *Loc. cit.*

¹² *Ibid.*, p. 432.

Es fácil ver que, en realidad, las versiones primera, segunda y cuarta son una misma, salvo las imprecisiones cometidas por Adam Smith: producir plusvalor, cambiarse por capital o ser repuesto como parte del capital «adelantado», son todas determinaciones del trabajo que es cambiado por capital, o que produce capital —puesto que reproduce su propio valor más un plusvalor ambos como capital—. Por eso, Marx sólo habla de dos definiciones del trabajo productivo por Smith: «en cuanto trabajo que se cambia por capital»¹³ y «en cuanto que se realiza en mercancías»¹⁴.

«Smith expone continuamente dos teorías», afirma Marx, pero la primera es «la única exacta de las dos»¹⁵. Este apartado de las *Teorías sobre la plusvalía* tiene un peligro: resulta difícil con frecuencia determinar cuándo se limita Marx a exponer lo que dice Smith y cuándo añade cosas de su propia cosecha. Tampoco está perfectamente claro, ni mucho menos, cuándo recoge lo dicho por Smith con aprobación o por simple obligación de historiador. No obstante, creemos poder afirmar, en base al comienzo citado, que Marx hace suyo todo lo que concierne a la primera teoría de Smith —salvo las imprecisiones sobre el valor y el plusvalor—, pero no, en cambio, la segunda; cuando hayamos establecido mejor lo que significa la distinción entre trabajo productivo e improductivo para Marx se verá que esta afirmación tiene mucho más sentido que el que pueda darle una cita aislada sobre cuál es «la única» teoría exacta. Por esta razón, y porque la cuestión de la materialidad del resultado del trabajo productivo hemos de dejarla para después y nos será de la máxima utilidad el estudiarla precisamente en relación con el tratamiento que hace Marx aquí de la teoría smithiana del trabajo productivo como el que «se realiza en mercancías», ahora nos limitaremos a ver la primera parte, la que lo define como trabajo que se cambia por capital.

En esta parte, Marx explica lo que postula Smith, pero utilizando para ello su propia terminología. «Trabajo productivo, desde el punto de vista de la

¹³ K. MARX, *Teorías de la plusvalía*, vol. I, p. 134; probable traducción de la Editorial Progreso (Moscu), reproducida por Cartago (Buenos Aires, 1956) y, posteriormente, por Comunicación (Madrid, 1974), que es la edición que nosotros utilizaremos. Indirectamente, pues, esta edición se basa en la preparada por Kautsky con unos criterios de selección y ordenación bastante arbitrarios en ocasiones; la única otra traducción al castellano, de Wescslao Roces (Fondo de Cultura Económica, México, 1947), se basa también en esta edición. Dietz Verlag (Berlín Oriental) ha hecho una edición mucho más fiable y seria en el tomo XXVI de las *Marx-Engels-Werke*, en tres volúmenes. No obstante, utilizaremos la edición castellana de Comunicación, previa consulta con la de Dietz y con las correcciones o precisiones que resulten necesarias. Las dos versiones presentan diferencias notables, como, por ejemplo, en este caso, en que la versión al castellano de Kautsky, debido al editor o al traductor, habla del trabajo productivo «en cuanto productor de capital», lo que es radicalmente distinto. No obstante, para no hacer más farragoso todavía el aparato de citas bibliográficas, nos limitaremos a reseñar la página de la edición castellana aun cuando introduzcamos modificaciones, salvo excepción.

¹⁴ *Ibid.*, p. 138; «en cuanto productor de mercancías» en la edición castellana —último ejemplo.

¹⁵ *Ibid.*, p. 134.

producción capitalista, es el trabajo asalariado que, al cambiarse por la parte variable del capital, además de reproducir esta parte del capital (o sea, el valor de su propia fuerza de trabajo), produce plusvalía para el capitalista»¹⁶. «A. Smith da la solución definitiva al definir el trabajo productivo como aquel que se cambia directamente por capital (...) Y al mismo tiempo nos aclara lo que es el trabajo improductivo: aquel trabajo que no se cambia por capital, sino directamente por renta, por salario o ganancia y, naturalmente, por los diversos elementos que forman la ganancia del capitalista, como son el interés y la renta del suelo. (...) El primero crea plusvalía, el segundo no hace más que consumir renta»¹⁷.

Hay todavía un segundo texto en las *Teorías sobre la plusvalía* en el que Marx trata el tema bastante en detalle. Se trata de un fragmento del texto más amplio *Produktivität des Kapitals. Produktive und unproduktive Arbeit*¹⁸. En él insiste Marx en la misma definición: «Sólo es productivo el trabajo que se convierte directamente en capital o, lo que es lo mismo, el trabajo que constituye el capital variable como tal, que convierte a v en $v + \Delta$ (en el que el signo Δ representa el aumento, el trabajo productivo). (...) El único trabajo productivo es el trabajo que produce plusvalía o que sirve al capital de medio para producir plusvalía y transformarse, por consiguiente, en capital, en valor productivo de plusvalía»¹⁹. «Dentro del sistema de la producción capitalista, trabajo productivo es, pues, aquel que produce plusvalía para su patrón (...), el trabajo que produce como capital su propio producto»²⁰. «Podemos llamar, pues, productivo al trabajo que se cambia directamente por dinero considerado como capital, es decir, por capital; por dinero que, siendo de suyo capital, se halla destinado a funcionar como capital con respecto a la fuerza de trabajo. Decir que el trabajo se cambia directamente por capital, equivale a decir que el trabajo se cambia por dinero considerado como capital y lo transforma en capital mediante esta operación»²¹.

En los *Resultados del proceso inmediato de producción*, o *Capítulo VI*, fragmento proveniente del mismo manuscrito que las *Teorías sobre la plusvalía*, encontramos la siguiente batería de definiciones: «Como el fin inmediato y [el] producto por excelencia de la producción capitalista es la plusvalía, tenemos que solamente es productivo aquel trabajo —y sólo es un trabajador productivo aquel ejercitador de capacidad de trabajo— que directamente produzca plusvalía; por ende, sólo aquel trabajo que sea consumido directamente en el proceso de producción con vistas a la valorización del capital.

¹⁶ *Loc. cit.*

¹⁷ *Ibid.*, p. 137.

¹⁸ *Werke*, ed. cit., vol. 26.1, pp. 365-368.

¹⁹ *Ibid.*, p. 216.

²⁰ *Ibid.*, p. 217.

²¹ *Ibid.*, p. 218, y casi lo mismo en la 219.

»Desde el simple punto de vista del *proceso laboral* en general, se nos presentaba como *productivo* aquel trabajo que se realizaba en un *producto*, más concretamente en una *mercancía*. Desde el punto de vista del proceso capitalista de producción, se agrega la determinación más precisa de que es productivo aquel trabajo que valoriza directamente al capital, o que produce plusvalía, o sea, que se realiza —sin equivalente para el obrero, para su ejecutante— en una plusvalía [*surplus value*], representada por un plusproducto [*surplus produce*]; esto es, [que se realiza] en un *incremento excedentario de mercancía* para el monopolista de los medios de trabajo [*monopoliser de los means of labour*], para el *capitalista*. Sólo [es productivo, pues,] el trabajo que pone al capital variable, y por ende al capital total, como $C + \Delta C = C + \Delta v$. Se trata, luego, de trabajo que sirve directamente al capital como instrumento [*agency*] de su *autovalorización*, como medio para la producción de plusvalía»²².

Vamos a entrar ahora en *El capital* siguiendo el orden de edición de los tres libros —pero no debe olvidarse la precisión cronológica que hicimos antes—. En el libro I volvemos a encontrar una definición ya conocida: «Sólo es productivo el trabajador que produce plusvalor para el capitalista o que sirve para la autovalorización del capital»²³. A continuación viene el ejemplo aclaratorio del maestro de escuela, que trataremos aparte. Más adelante aparece también, implícita en el siguiente pasaje, la definición del trabajo productivo como aquel que se cambia por dinero en cuanto capital: «Así como las mercancías que el capitalista compra con una parte del plusvalor para su propio consumo no le sirven como medios de producción y de valorización, el trabajo que adquiere para la satisfacción de sus necesidades naturales y sociales no es trabajo *productivo*»²⁴.

En el libro II, sección I, capítulo VI, titulado *Los costos de circulación*, Marx analiza primeramente si es o no productivo el trabajo invertido en el proceso de circulación de la mercancía, y escribe: «Como se partió del supuesto de que las mercancías se compran y se venden a sus valores, en estos procesos se trata sólo de la conversión del mismo valor de una forma a la otra, de la forma mercantil a la dineraria y de la dineraria a la mercantil; se trata sólo de un cambio de estado. Si las mercancías se venden a sus valores, la magnitud de valor permanecerá inalterada tanto en manos del comprador como del vendedor; sólo se ha modificado su forma de existencia. Si las mercancías no se venden a sus valores, la suma de los valores convertidos perma-

²² K. MARX, *El capital*, libro I, capítulo VI (inérito), p. 70 (traducción de Pedro Scaron), Siglo XXI, Madrid, 3.ª ed., 1973. Todos los corchetes son del traductor al castellano, para conservar los términos ingleses utilizados por Marx o para aclarar el significado de algunas frases, oscurecido a veces por la peculiar sintaxis alemana.

²³ K. MARX, *El capital*, libro I, vol. II, p. 616 (edición y traducción de Pedro Scaron). Siglo XXI, Madrid, 2.ª ed., 1965.

²⁴ *Ibid.*, p. 726.

necerá inalterada; lo que es superávit de un lado, es déficit del otro»²⁵. En otras palabras: la circulación no produce valor; luego el trabajo empleado en ella no es productivo, tanto da que sea realizado por el mismo capitalista industrial, por sus empleados, por un agente comercial independiente, por los empleados de un capitalista comercial o por el comprador de la mercancía. Tampoco importa el hecho de que tal trabajo sea necesario para la reproducción y entre en los gastos varios de la producción o en el precio de la mercancía.

«Cuando, por la división del trabajo, una función que de por sí es improductiva pero constituye un elemento necesario de la reproducción, se transforma de ocupación accesoria de muchos en ocupación exclusiva de pocos, en tarea particular de éstos, no se transforma la índole de la función misma»²⁶. «La división del trabajo, la autonomización de una función, no la hacen creadora de valor y de productos si no lo era de por sí, es decir, ya antes de volverse autónoma»²⁷. La utilidad de esta especialización «no consiste en transformar una función improductiva en productiva y trabajo improductivo en productivo»; «consiste más bien en que se fija en esa función improductiva una parte menor de la fuerza de trabajo y del tiempo de trabajo de la sociedad»²⁸. En la medida en que este trabajo comercial disminuya los gastos varios del capitalista industrial, será rentable para él, lo que no quiere decir que sea productor de valor. Por otra parte, como el mismo capital industrial necesita vender las mercancías producidas para poder volver a adquirir fuerza de trabajo, materias primas, etc., es decir, los elementos de la producción, el trabajo y el capital comerciales, en la medida en que acorten el tiempo de rotación de la parte circulante del capital industrial, le permitirán apropiarse de una masa mayor de plusvalor en menos tiempo y serán, por consiguiente, indirectamente productivos —pero esto ya es otra cuestión.

No debe confundirse la circulación del valor, o de las mercancías como forma del valor, con su circulación física, es decir, con su almacenamiento, transporte, distribución para la venta detallista, etc. El valor de uso de la mercancía solamente se realiza en su consumo; por consiguiente, todas las operaciones necesarias para ponerla a disposición del consumidor aumentan ese valor de uso —o son indispensables para su realización— y, por ende, el trabajo socialmente necesario que insumen se incorpora al valor de cambio del objeto al que se aplica; se trata, pues, de trabajo productivo. (Lo mismo con respecto a los costos de conservación, etc. Pero eso no quiere decir que sean siempre productivos esos trabajos: depende de lo dicho, de que sean o no necesarios para realizar el valor de uso. El trabajo de empaquetar o embotellar

²⁵ *Ibid.*, libro II, vol. IV, p. 154.

²⁶ *Ibid.*, p. 155.

²⁷ *Ibid.*, p. 159.

²⁸ *Ibid.*, pp. 156-157.

la leche es productivo, pero el de envolver un libro no; el almacenamiento previo al transporte del fabricante al distribuidor es trabajo productivo, pero el que se lleva a cabo para especular con la escasez de un producto no; es productivo el trabajo del cuidador que se ocupa de que un cachorro de perro no se muera antes de ser vendido, pero no el de vigilante de una fábrica.) «La ley general es que *todos los costos de circulación que surgen sólo de la transmutación formal de la mercancía no agregan ningún valor a esta última*»²⁹.

En el libro III de *El capital, El proceso de producción capitalista en su conjunto*, Marx trata de la transición del plusvalor a la ganancia, de la formación de la ganancia media y de la distribución de la ganancia entre el capital industrial, comercial y dinerario (interés) y la propiedad terrateniente (renta). Al hacerlo muestra cómo la ganancia de las otras formas de capital proviene de su participación en el plusvalor creado únicamente por el capital industrial, aunque a comerciantes, prestamistas y terratenientes se les antoje lo contrario. Pero en todo el libro no se añade nada nuevo al problema de base que a nosotros nos ocupa, puesto que se remite la cuestión de si un capital es productivo o no al problema de si lo es o deja de serlo el trabajo que emplea. Esta remisión es explícita y clara en un pasaje que se refiere al trabajador asalariado del comercio: «Aunque al propio agente de circulación sus entradas puedan antojársele un mero salario, un pago a cambio del trabajo efectuado, y aunque, cuando ese pago no se manifiesta de esa forma, el volumen de su ganancia sólo equivalga al salario de uno de los obreros mejor remunerados, sus entradas sólo provienen de la ganancia comercial. *Esto surge del hecho de que su tarea no es un trabajo creador de valor*»³⁰. Por lo demás, debemos señalar una omisión más que significativa: si bien en este libro Marx aborda precisamente el análisis de las distintas formas que adopta el capital y las relaciones entre ellas, tratando de manera sucesiva del capital industrial —al que identifica siempre, sin embargo, implícitamente con el capital que produce mercancías, mercancías materiales—, comercial y dinerario, en ningún momento hay un tratamiento específico del capital de servicios.

* * *

Tenemos, a la vista de estos textos de Marx, dos líneas de definición. La primera nos habla del trabajo que crea, «pone», se convierte en, se incorpora al capital, o se cambia por el capital. Todas estas variantes se pueden resumir en la definición del trabajo productivo como aquel que se cambia por capital; en contrapartida, el trabajo improductivo es definido reiteradamente como aquel que se cambia por renta, dinero como dinero, dinero como medio de circulación, etc.

En la segunda encontramos todas las relaciones anteriores, pero referidas a la parte variable del capital, al capital variable, o se nos habla de trabajo

²⁹ *Ibid.*, p. 177.

³⁰ *Ibid.*, libro III, vol. VI, p. 373; el subrayado es nuestro.

que aumenta el valor del capital, que crea o produce plusvalor. Podemos resumirlas en la definición del trabajo productivo como un trabajo que produce plusvalor, mientras que, por exclusión, el que no lo produzca será improductivo.

¿Son coincidentes estas dos definiciones? ¿Definen un mismo espacio para el trabajo productivo? ¿Trazan una misma línea divisoria entre el trabajo productivo e improductivo? Tomemos el caso del trabajo asalariado que compra y explota el capital comercial, es decir, del trabajo invertido en la circulación propiamente dicha —en la transformación formal de la mercancía— cuando es explotado por un capital. Este trabajo se cambia por capital, por dinero como capital, pues el patrón comerciante recupera como capital lo que paga como salario (el precio del trabajo necesario del trabajador) más un suplemento (el precio del plustrabajo que realiza el trabajador), sin lo cual dedicaría su dinero a otra cosa. Desde este punto de vista, el trabajo de sus asalariados es un trabajo productivo. Sin embargo, este trabajo no puede producir plusvalor, porque para ello tendría que empezar por producir valor, y sabemos, al menos desde el libro II de *El capital* (capítulo VI: *Los costos de circulación*), incluso desde el libro I (capítulo VI: *La transformación del dinero en capital*), que la circulación no crea valor alguno, que éste sólo puede crearse en la esfera de la producción. Desde este punto de vista, el trabajo de los trabajadores comerciales (en sentido estricto: de la circulación) es un trabajo improductivo. No obstante lo cual, su relación con el capital comercial es la misma que la del obrero industrial con el capital industrial: ambos venden fuerza de trabajo como mercancía y ambos producen un plustrabajo para el capitalista.

Todo trabajo productivo se cambia por capital, pero no todo trabajo que se cambia por capital es productivo. Todo trabajo que se cambia por renta es improductivo, pero hay trabajos improductivos que no se cambian por renta. Los trabajadores comerciales, como los bancarios, pueden convertir a sus patronos en verdaderos émulos de Craso, pero no por ello producen un ápice de plusvalor, porque no crean valor alguno. Y no crean ningún valor —valor de cambio— porque no producen ningún valor de uso, con independencia de que la función que desempeñan pueda ser socialmente necesaria, por ejemplo, para acelerar el proceso de valorización del capital productivo.

Debemos insistir en que el capital no nace como tal. El dinero se convierte en capital, funciona como dinero-capital, precisamente en su relación con la fuerza de trabajo, relación que presenta dos momentos: un primero, que se desarrolla en la esfera de la circulación como intercambio de equivalentes, en el que el capitalista compra la fuerza de trabajo pagando su precio como mercancía; un segundo, que se desarrolla en la esfera de la producción, en el que pone en acto la mercancía producida y le hace crear el equivalente de lo pagado por ella más un incremento de valor (plusvalor). Si el dinero que el capitalista emplea para comprar la fuerza de trabajo procede de un ciclo

productivo anterior que ahora va a reproducir, de una herencia familiar o de los diezmos cobrados en sus posesiones feudales, resulta de todo punto indiferente, pues es en su relación con la fuerza de trabajo donde se constituye, de nuevo o por vez primera, en capital. Y lo mismo sucede al contrario: si el capitalista industrial decide un día cualquiera vender las mercancías, los medios de producción y la fábrica, es decir, todo lo que era su capital, y gastarse el dinero en comer bien y que le abaniquen por lo que le queda de vida, entonces gasta su dinero como renta, como dinero-dinero o dinero en tanto que medio de circulación, y no como capital, y ello tanto si lo dedica a comprar discos —mercancías— como si lo emplea en recibir masajes —servicios.

Esto, que parece tan trivial, ha inducido a mucha confusión, y está en la base de la obsesión de Marx por distinguir el trabajo productivo e improductivo según que se cambie por capital o por renta. Cada vez que Marx insiste en esta forma de diferenciarlos y trata de poner un ejemplo de trabajo improductivo que produce servicios, no se fija en la eventual relación entre el trabajador de servicios y el capital de servicios que compra su fuerza de trabajo, sino en la que media entre el trabajador de servicios y un cliente capitalista que, sin embargo, como es natural, le paga con su dinero como dinero, con renta; esto es, en las distintas maneras en que puede gastar su dinero el mismo capitalista.

Hasta aquí se nos presentaba como insuficiente en sí misma la definición del trabajo productivo como aquel que se cambia por capital, pues incluiría a los trabajadores comerciales. Pero ¿es suficiente, acaso, con la definición del trabajo productivo como aquel que produce plusvalor? En principio, tampoco. En la producción mercantil, produce valor todo trabajo necesario para crear o conservar un valor de uso —prescindiremos de momento de los trabajos que se venden como actividad, los servicios—, es decir, todo trabajo que produce una mercancía en cuanto unidad de valor de uso y valor de cambio. Produce valor, por tanto, lo mismo el trabajo de un obrero industrial asalariado que el de un productor independiente.

¿Y plusvalor? Si llamamos plusvalor al valor producido por el trabajo que excede al valor necesario para reponer el gasto de la fuerza de trabajo, entonces un productor independiente también puede producir plusvalor. La única diferencia es que éste no tiene, como el capitalista, que dividir el valor total en valor repuesto y plusvalor para embolsarse el segundo, a no ser que encuentre la finalidad de su vida en engrosar una libreta de ahorro o un calzetín, lo que tampoco es infrecuente. Entonces el concepto de trabajo productivo incluiría a todos los productores independientes de mercancías que lograsen a cambio de éstas un valor superior al valor medio en el mercado de su fuerza de trabajo.

Pero ¿tendría sentido esta definición? ¿Tendría sentido como definición del trabajo productivo desde el punto de vista capitalista? No, porque incluiría a toda una serie de trabajadores que no guardan ninguna relación produc-

tiva con el capital, que si alguna vez se relacionan con los capitalistas es en el intercambio, es decir, allí donde éstos dejan de ser capitalistas para convertirse en meros poseedores de mercancías. ¿Tendría sentido, entonces, como definición del trabajo productivo desde el punto de vista de la producción mercantil simple? Sin duda, si toda la producción fuera producción mercantil simple. Pero ¿quién necesita semejante definición en una sociedad en la que el modo de producción dominante es el modo de producción capitalista, hasta el punto de que la misma producción mercantil simple que perdura como tal queda subsumida total o parcialmente en el ciclo de la circulación del capital? ¿Para qué serviría una definición en la que se borra, precisamente, la *differentia specifica* que separa la producción capitalista de la producción mercantil simple?

La definición del trabajo productivo como el que produce plusvalor se convierte en definición del trabajo productivo válida desde el punto de vista capitalista, precisamente, al añadir que ese trabajo se cambia por capital, o, lo que es lo mismo, que produce plusvalor *para el capitalista*. Lo que ocurre es que, al hablar de plusvalor, se sobreentiende que se está hablando de plusvalor del que se apropia el capitalista, por la sencilla razón de que el surgimiento mismo del concepto exigía como presupuesto la existencia real del capital. En una sociedad de pequeños productores independientes de mercancías, en la que nadie se ve obligado a vender como mercancía su propia fuerza de trabajo porque no se ha producido el divorcio entre productores y medios de producción, no pueden surgir el concepto de valor de la fuerza de trabajo —que mucho antes de existir como concepto existe como reducción práctica que lleva a cabo el mercado, como salario medio— ni, *a fortiori*, los conceptos de trabajo necesario y plusvalor, de valor repuesto y plusvalor. El que, una vez que se ha generalizado el modo de producción capitalista y ha encontrado expresión conceptual, el pequeño productor de botijos se entretenga en dividir su jornada en trabajo necesario y plusvalor y el precio obtenido por su venta en valor repuesto y plusvalor, o en valor transferido del capital fijo al producto, reposición del capital variable y plusvalor —que, a su vez, puede subdividir en beneficio, interés, gastos de circulación, etc.—, o el que lo haga en su lugar el economista, no pasará de ser una forma de matar el tiempo inocente y honradamente.

Por todo esto, Marx aclara repetidamente que lo que él se propone es definir el trabajo productivo desde el punto de vista capitalista, no el trabajo productivo en general. El producto *específico* del proceso capitalista de producción, del capital —entiéndase: no de los medios de producción en general, sino de los medios de producción convertidos en capital—, es el plusvalor (si hay que ser todavía puntilloso, añadiremos: el plusvalor como valor producido por trabajo impago, el plusvalor que se apropia el capitalista; en adelante, por lo que ya hemos explicado antes, hablaremos de plusvalor a secas). Por eso se define el trabajo productivo como aquel que crea plusvalor, etc.

«*Trabajo productivo* —explica Marx— no es más que una expresión sucinta que designa la relación íntegra y el modo en que se presenta la capacidad de trabajo y el trabajo en el proceso capitalista de producción. Por consiguiente, si hablamos de *trabajo productivo*, hablamos pues de *trabajo socialmente determinado*», etc.³¹ Esta determinación del trabajo como productivo «es simplemente la expresión de una condición social de la producción, la cual no proviene ni del contenido ni del rendimiento del trabajo, sino exclusivamente de la forma especial específica que éste reviste»³².

«Sólo la estrechez mental burguesa, que tiene a la forma capitalista de la producción por la forma absoluta, y en consecuencia por la única forma natural de la producción, puede confundir la cuestión de qué es *trabajo productivo* y *trabajador productivo* desde el punto de vista del capital, con la cuestión de qué es *trabajo productivo* en general, contentándose así con la respuesta tautológica de que es productivo todo trabajo que produce, en general, o que redundan en un producto, o en algún valor de uso cualquiera; resumiendo: en un resultado»³³.

Si el que el trabajo sea o no productivo desde el punto de vista del capital es una mera determinación social (porque el capital es una mera relación social, aunque encarne en cosas como los medios de producción o el dinero), entonces no dependerá del contenido especial de un trabajo concreto, de que se emplee para producir, en cuanto trabajo útil, latas de conserva, sombreros de plumas o novelas pornográficas. «Ser *trabajo productivo* es una determinación de aquel trabajo que en sí y para sí no tiene absolutamente nada que ver con el *contenido determinado* del trabajo, con su utilidad particular o el valor de uso peculiar en el que se manifiesta»³⁴.

Puesto que la definición de un trabajo como productivo es, en realidad, la definición de su relación con el capital, la distinción entre trabajo productivo e improductivo que Marx plantea —la definición desde un punto de vista capitalista, que es, por tanto, la distinción operante en el modo de producción capitalista, y no un simple capricho de Marx— no afecta en nada a los trabajadores independientes, que son herencia de un modo de producción anterior (la producción mercantil simple). Desde el punto de vista del capital, éstos no son ni productivos ni improductivos, puesto que para él no pueden ni producir ni dejar de producir plusvalor³⁵.

Debemos matizar todavía otra cosa. Que el carácter productivo o no del trabajo sea independiente de su contenido concreto, del valor de uso en que

³¹ K. MARX, *El capital*, libro I, capítulo VI (inédito), cit., p. 83.

³² K. MARX, *Teorías de la plusvalía*, cit., vol. I, p. 138.

³³ K. MARX, *El capital*, libro I, capítulo VI (inédito), cit., p. 78. El mismo párrafo, con leves modificaciones de redacción, se encuentra en las *Teorías de la plusvalía*, cit., vol. I, p. 216.

³⁴ K. MARX, *El capital*, libro I, capítulo VI (inédito), cit., p. 84. Lo mismo, expresado en forma similar, puede encontrarse en los *Grundrisse*, ed. cit., vol. I, p. 270, y en las *Teorías de la plusvalía*, cit., vol. I, pp. 138 —dos veces—, 139, 142.

³⁵ Cfr. K. MARX, *El capital*, libro I, capítulo VI (inédito), cit., p. 82.

se realiza, no significa que sea independiente de la existencia o no de *algún* valor de uso. Al igual que la mercancía, la forma elemental de la riqueza bajo el capitalismo, es unidad de valor de uso y valor de cambio, el trabajo productivo, para serlo, además de añadir valor de cambio —pues, si no, no añadiría plusvalor—, a su objeto tiene que contribuir a producir, conservar o aumentar su valor de uso.

El valor de cambio de la mercancía es enteramente indiferente ante su valor de uso, pero para que un producto tenga valor de cambio debe tener *algún* valor de uso, es decir, debe satisfacer alguna necesidad, sea cual sea, porque lo que crea el valor de cambio es el trabajo abstracto medido como trabajo *socialmente necesario*, en el doble sentido de que es trabajo medio y de que se emplea para satisfacer una necesidad o para fabricar el objeto llamado a satisfacerla. Esto no tiene nada que ver con que el objeto o el trabajo como actividad sean o no convenientes o *benéficos* para la sociedad, ni con que las necesidades sean justificadas o no, sean humanas o alienadas. Valor de uso es el que satisface una necesidad cualquiera, y necesidad es la que tiene detrás una demanda. Si yo fabrico algo que todo el mundo necesita pero nadie tiene con qué comprar, podré regalarlo y recibir toda clase de agradecimientos, pero no convertirlo en mercancía; por lo tanto, no habré creado ningún valor de cambio. Lo mismo ocurrirá si produzco algo que cualquiera pueda comprar pero nadie quiere.

De la misma manera, el trabajo, para ser productivo, tiene que ser necesario para la creación, la conservación, el aumento o la realización de *algún* valor de uso, pero este valor de uso puede ser cualquiera. La determinación del trabajo productivo, por consiguiente, nada tiene que ver con ningún criterio de bienestar social, moral, etc. En este punto, lo mismo da que se emplee en producir bombas y aceite de colza desnaturalizado o que se dedique a producir arroz para las misiones, siempre que por medio esté presente el capitalista.

Esto lo expresa Marx así: «El proceso laboral capitalista no anula las determinaciones generales del proceso de trabajo. Produce productos y mercancías. El trabajo sigue siendo productivo en la medida en que se objetiva en *mercancías* como unidad de valor de uso y de valor de cambio. Pero el proceso laboral es sólo un medio para el proceso de valorización del capital. Es productivo, pues, aquel trabajo que se presenta en *mercancías*, pero, si consideramos la mercancía individual, lo es aquel que en una parte alícuota de ésta representa *trabajo impago* o, si tenemos en cuenta el producto total, aquel trabajo que en una parte alícuota de la *masa total de mercancías* representa simplemente trabajo impago, o sea, un *producto* que nada cuesta al capitalista»³⁶.

* * *

³⁶ *Ibid.*, p. 78.

Este párrafo de los *Resultados del proceso inmediato de producción* nos conduce de cabeza al problema más arduo a que hemos de enfrentarnos; a saber: para ser productivo, ¿es preciso que el trabajo se materialice en un objeto? Tal parece indicar el párrafo citado, al hablar de las mercancías, y lo mismo con otros que podemos encontrar en el mismo escrito de Marx. Un poco antes, en un pasaje citado ya con anterioridad, Marx habla del trabajo productivo desde el punto de vista del proceso laboral en general (recuérdese que sus determinaciones no se borran a la hora de definirlo desde el punto de vista del proceso de producción capitalista: simplemente son insuficientes) como aquel que se realiza «en un producto, más concretamente, en una mercancía», «en una plusvalía representada por un plusproducto», «en un incremento excedentario de mercancía»³⁷.

Más adelante registra, precisamente como una de las fuentes de errores a la hora de definir el trabajo productivo, el hecho de que «si se considera en cuanto tal al proceso laboral, sólo es productivo el trabajo que desemboca en un producto (producto material, ya que aquí se trata únicamente de la riqueza material)»³⁸. La misma conclusión parece que podría inferirse, por otra parte, del hecho de que Marx comience tanto la *Contribución a la crítica de la economía política* como *El capital* por el análisis de la mercancía, que aparece presentada como la «forma elemental de la riqueza»³⁹. Basta recorrer las primeras páginas de *El capital* para encontrar constantes referencias a su carácter material, con color, olor y sabor: «un objeto exterior, una cosa»⁴⁰; «las propiedades del cuerpo de la mercancía», «el cuerpo mismo de la mercancía»⁴¹; «una propiedad natural —geométrica, física, química o de otra índole— de las mercancías», «sus propiedades corpóreas»⁴²; sus «componentes y formas corpóreas», «sus propiedades sensibles»⁴³, etc. Es más: todo el análisis del fetichismo de la mercancía está basado en esa doble existencia suya como relación social y como objeto material y sensible.

* * *

Esta es la cuestión que vamos a abordar ahora, y anunciaremos ya que para llegar a la conclusión contraria. A nadie escaparán las consecuencias que, al menos a primera vista, puede tener la solución que se le dé. Marx ya advirtió que ser trabajador productivo no es ninguna bendición tras la cual correr, pero ello no ha impedido que de dicha distinción se hayan extraído o

³⁷ *Ibid.*, p. 77.

³⁸ *Ibid.*, p. 86.

³⁹ K. MARX, *El capital*, cit., libro I, vol. I, p. 43; *Contribución a la crítica de la economía política* (traducción de J. Merino), Alberto Corazón, Madrid, 2.ª ed., 1976, p. 45.

⁴⁰ K. MARX, *El capital*, loc. cit.

⁴¹ *Ibid.*, p. 44.

⁴² *Ibid.*, p. 46.

⁴³ *Ibid.*, p. 47.

pretendido extraer toda clase de conclusiones. Por ejemplo, si el trabajo productivo ha de ser un trabajo que produzca objetos como mercancías, o sea, mercancías-objeto; si entonces los únicos trabajadores productivos son los obreros industriales, los del transporte de mercancías y poco más, y si, por consiguiente, no sólo la clase capitalista, sino toda una masa de trabajadores empleados por el Estado, el capital comercial, la banca y el capital de servicios obtienen sus rentas del plusvalor producido en exclusiva por los primeros, ¿por qué no concluir que toda esta gran masa tendrá un interés directo en aumentar el plusvalor social, esto es, en intensificar la explotación de los trabajadores productivos? ¿No son precisamente esa idea y los sentimientos y actitudes políticas correspondientes los que quiere propiciar, por ejemplo, la propaganda sistemática que en un país como el Reino Unido se emplea en demostrar que la culpa de la crisis económica la tienen unos sindicatos obreros demasiado fuertes? ¿No conducen a las mismas conclusiones, a poco que se quiera, las teorías de la lucha de clases como lucha por la distribución del excedente social de valor?

Por otra parte, si la producción es la esfera determinante de la economía, si el modo de producción dominante es el capitalista, si la relación fundamental en este modo de producción es la relación capital-trabajo, si es esta relación la que convierte al proletariado en enemigo jurado del capital y motor de cualquier cambio radical, pero, a la vez, el trabajo que produce plusvalor, el trabajo industrial —el que se halla enfrentado a la parte fundamental del capital: la que se dedica a la producción material—, no hace sino ver disminuir paulatinamente su peso relativo en el conjunto de la población (esto sólo es cierto desde un punto de vista nacional y en los países capitalistas avanzados, pero *hic et nunc* nos da igual), ¿no se esfuma, entonces, la perspectiva revolucionaria planteada por Marx?

En fin, dejando de lado tan tristes perspectivas de estancamiento, hay otra implicación que nos preocupa más y nos parece infinitamente más seria. Si el trabajo de servicios no es productivo, la penetración del capital en los sectores de servicios resolverá tal vez el problema individual del capitalista que penetra y logra participar así de la tasa media de ganancia, pero agrava el problema del capital en general, puesto que una misma masa de plusvalor, *rerum sic estantibus*, se tendrá que repartir entre una masa mayor de capitales. Por consiguiente, y tanto más en época de crisis, el capital se verá obligado a sustituir la prestación de servicios por la venta de mercancías y a ejercer una presión especialmente fuerte en este sentido (si no es así, no obstante, nada implica que otros motivos no vayan a empujarle en la misma dirección, pero no hay duda de que la presión será menor).

Además, no se sabe muy bien por qué razón (quizá por creer, al contrario que Marx, que ser trabajador productivo es algo estupendo y deseable, al menos toda vez que ya se es trabajador), parece que existe cierta tendencia espontánea a identificar a los trabajadores productivos con el proletariado, con

el proletariado «de verdad», y viceversa; tendencia que lleva a administrar y distribuir con la misma pacatería tanto un título como el otro.

Entre los que sostienen la opinión de que el trabajador productivo debe traducirse en un objeto material figuran autores tan poco sospechosos de heterodoxia —tomados por separado, pues juntos sólo podría salvarse uno— como Poulantzas y Mandel. He aquí a Poulantzas: «es trabajo productivo, dentro del modo de producción capitalista, aquel que produce plusvalor *al* reproducir directamente los *elementos materiales* que sirven de sustrato a la relación de explotación: *por consiguiente, aquel que interviene directamente en la producción material al producir valores de uso que aumentan las riquezas materiales*»⁴⁴. El error de Poulantzas es doble: introducir la producción material para delimitar el trabajo productivo e identificar la producción de valores de uso con la producción material. Pero no vamos a discutirlo ahora; seguiremos, en cambio, el razonamiento más prolijo de Ernest Mandel.

Este autor comienza, eso sí, por señalar adecuadamente la importancia del problema: «El capital invertido en el sector de los servicios, ¿es o no productivo? Mientras esta inversión de capitales no tuvo más que un carácter marginal, la respuesta a estas cuestiones era poco importante para el análisis del movimiento del modo de producción capitalista. Pero desde que el sector servicios se ha extendido, hasta el punto de absorber una parte considerable del capital social total, la determinación de los límites exactos del capital productivo ha cobrado la mayor importancia para el análisis teórico»⁴⁵. Totalmente de acuerdo, prosigamos.

«La fórmula “El trabajo productivo en el capitalismo es aquel que crea plusvalor” es insuficiente para determinarlo. Ciertamente, es exacta, pero puramente tautológica. No responde a la cuestión del límite del capital productivo, se contenta con volver a plantear la misma cuestión en forma diferente»⁴⁶.

Mandel se equivoca aquí, en nuestra opinión. La fórmula solamente es tautológica si se considera que la determinación del trabajo como productivo atañe *únicamente* a la relación del trabajo con el capital. Pero si considera, con Marx, que en el trabajo productivo deben *reunirse* las determinaciones del proceso de producción específicamente capitalista con las del proceso laboral en general, y la determinación aportada por este último no es ni puede ser otra que la de producir valores de uso, entonces ya no hay tautología ni desplazamiento de la cuestión. El trabajo productivo *en general* es el que produce valores de uso; el trabajo productivo capitalista, en particular, es el que *además* produce plusvalor. Lo que hace Marx es definir solamente la determinación específica; podría también haber dicho: «trabajo productivo en el ca-

⁴⁴ N. POULANTZAS, *Les classes sociales dans le capitalisme aujourd'hui*, Seuil, París, 1974, p. 231; los subrayados son suyos. Ed. castellana, Siglo XXI, Madrid, 1977.

⁴⁵ E. MANDEL, *La troisième âge du capitalisme*, vol. II, pp. 423-424 (traducción al francés de Bernard Kreise), Union Générale d'Éditions, París, 1976.

⁴⁶ *Loc. cit.*

pitalismo es el trabajo productivo en general que también produce plusvalor».

Pero, en realidad, ni siquiera hace falta recurrir a todo esto, a los «también», los «además» y los «en general». Si un trabajo produce plusvalor, es que produce valor, y si produce valor —valor de cambio—, es que produce valor de uso. Por lo tanto, en la determinación de producir plusvalor está recogida la de producir valor de uso, por lo que la fórmula de Marx es correcta; no sucede lo contrario —producir valores de uso no quiere decir producir plusvalor—, por lo que la fórmula de Marx es, además, necesaria.

Añadamos que, puesta de propio o implícitamente la condición de producir valores de uso, el problema consiste en determinar qué *trabajo*, y a partir de ahí qué *capital*, es productivo, y no al contrario. El mismo Marx plantea de manera explícita las cosas en este orden cuando, como vimos anteriormente, explica que el trabajo comercial asalariado obtiene sus ingresos de la ganancia *porque su tarea* no es productiva, y discute el carácter productivo o no del trabajo comercial —en el libro II—, y no el del capital comercial —en el libro III—, que se da por supuesto como improductivo. Dicho sea de paso, por la misma razón es incorrecto hablar de que «la definición primitiva del trabajo productivo ha sido restringida después, de todo trabajo cambiado por capital a todo trabajo cambiado por capital productivo», como lo hace Ian Gough en un artículo, por otra parte, excelente en general ⁴⁷.

«La dificultad tiene su fuente —continúa Mandel— en los escritos del mismo Marx, pues existe una cierta discordancia entre las *Theorien über der Mehrwert* y el libro II de *El capital*. En las *Theorien über der Mehrwert*, en las cuales subraya, a propósito del mismo tema, el papel positivo de Adam Smith en el desarrollo de la teoría del valor-trabajo y de la comprensión de la relación del capital, Marx vacila todavía entre la tesis según la cual sólo el trabajo que participa directamente en una producción de mercancías —y, por tanto, en la producción de valor y plusvalor— es productivo y aquella otra según la cual todo trabajo comprado con capital (que se cambia por capital y no por renta) puede ser también clasificado como trabajo productivo» ⁴⁸. Esto no es nada exacto, pero, como más tarde veremos lo que dice Marx sobre la teoría de Smith del trabajo productivo como trabajo que produce mercancías, no nos vamos a detener ahora en ello. Lo que sí es cierto es que reina bastante confusión, o al menos bastante falta de claridad, en los textos de Marx.

«En el capítulo *Der Begriff der produktiven Arbeit* (el concepto de trabajo productivo) —prosigue nuestro autor—, publicado por Kautsky como anexo al libro I de las *Theorien über der Mehrwert*, estas dos definiciones se encuentran todavía más profundamente mezcladas. Hasta qué punto está todavía presente la indeterminación efectiva de los límites del trabajo producti-

⁴⁷ Ian GOUGH, «La théorie du travail productif et improductif chez Marx», *Critiques de l'Economie Politique*, núm. 19, 1972, p. 63.

⁴⁸ *Ibid.*, pp. 424-425.

vo, es algo que muestra claramente el pasaje en que Marx —enteramente en oposición a *El capital*— incluye a los intermediarios comerciales, desde el momento en que son asalariados, en la categoría de los trabajadores productivos»⁴⁹. Sobre las «dos definiciones» ya hemos explicado antes que no eran idénticas ni alternativas, sino en todo caso complementarias, así como que la basada en la producción de plusvalor, bien entendida, incluía a la basada en el cambio por capital; no volveremos sobre esto.

En cuanto a la inclusión de los trabajadores comerciales, hemos encontrado en el texto aludido, con posibilidad de convertirse o convertidos ya en trabajadores productivos y por este orden, a unos autores, una tiple, un sastre, un empapelador, otro autor, unos profesores y un actor; se negaron en redondo a recibir la bendición, o no la consiguieron por más que lo intentaron, los siguientes: John Milton, un sastre por cuenta propia, un soldado, un médico, un abogado, unos funcionarios públicos, otro profesor, más médicos y unos curas; todos los primeros habían vendido su fuerza de trabajo a un capitalista, pero no así los segundos, aunque algunos intentaron hacer pasar sus honorarios por salarios ante el cliente. Por más que hemos rastreado, sin embargo, no hemos hallado ni un solo intermediario comercial, ni asalariado ni sin asalariar, ni productivo ni improductivo. Bien es verdad que, en otro lugar, sí hemos encontrado unos trabajadores comerciales productivos: «Al capital industrial, los costos de circulación les resultan gastos varios, y lo son para él. Para el comerciante resultan la fuente de su ganancia, la cual —supuesta la tasa general de ganancia— se halla en proporción con la magnitud de dichos costos. Por ello, el desembolso que debe efectuarse en estos costos de circulación es una inversión productiva para el capital comercial. Y, en consecuencia, para él también es directamente productivo el trabajo comercial que compra»⁵⁰. Si al menos esta cita fuera de las *Teorías...*, o incluso de una obra anterior..., pero, ¡ay, dolor!, es de *El capital...*, y no sólo eso, sino, además, del libro III. En fin, penas aparte, es claro que Marx utiliza aquí el adjetivo «productivo» desde el punto de vista del comerciante en particular, no de la producción capitalista en general, y que lo hace a conciencia.

«Es en el libro II de *El capital* donde Marx establece definitivamente la determinación de los trabajadores productivos: son los que participan en la producción material de mercancías y, por tanto, de valor y de plusvalor. Queda así claramente establecido que no todo trabajo que se cambia por capital es necesariamente productivo, comenzando por el de los asalariados empleados en la esfera de la circulación (capital comercial y bancario)»⁵¹. En cuanto a lo primero, el adjetivo «material» es un añadido de Mandel. Lo que Marx explica es, pura y simplemente, como ya vimos con anterioridad, que en la circulación no se puede crear ningún valor, de donde se desprende en cadena

⁴⁹ *Ibid.*, p. 425.

⁵⁰ K. MARX, *El capital*, cit., libro III, vol. VI, p. 386.

⁵¹ E. MANDEL, *op. cit.*, pp. 425-426.

que los trabajadores comerciales no crean valor, que aunque estén asalariados siguen sin crear valor y que, por consiguiente, jamás crearán plusvalor, aunque originen ganancias para su patrón. Esto es lo que dice el capítulo VI, *Los costos de circulación*, del que Mandel extrae luego un par de citas que le parecen definitorias.

Efectivamente, «queda así claramente establecido que no todo trabajo que se cambia por capital es necesariamente productivo», pero no «comenzando por los asalariados empleados en la esfera de la circulación», sino comenzando y terminando con ellos. Las conclusiones sobre los trabajadores comerciales —o bancarios, tanto da— se desprenden exclusivamente de su característica específica de cumplir tareas que corresponden a la esfera de la circulación; por consiguiente, esas conclusiones no son en manera alguna extensibles a los trabajadores de los servicios, que no pertenecen a la esfera de la circulación; por supuesto, ni los trabajadores ni el capital de servicios son mencionados en ningún momento.

«Y Marx formula, en consecuencia, en *El capital*, la ley general que determina los límites del trabajo productivo: “Cuando, por la división del trabajo, una función que de por sí es improductiva pero constituye un elemento necesario de la reproducción, se transforma de ocupación accesoria de muchos en ocupación exclusiva de pocos, en tarea particular de éstos, no se transforma la índole de la función misma. Por consiguiente, si por su función el trabajo asalariado puede seguir siendo improductivo, incluso aunque represente un elemento indispensable para la reproducción, esto debería ser cierto, con mayor razón, para los trabajos que no desempeñan ningún papel directo en la reproducción. No es comprensible en absoluto que el intercambio de servicios personales por renta, en la medida en que no conduce a la producción de mercancías, pueda convertirse súbitamente en productivo por el solo hecho de que esté organizado como comercio capitalista y se efectúe a partir de trabajo asalariado”»⁵².

¡Qué maravilla de *quid pro quo*! Para que la «ley general» funcionase, se tendría que haber demostrado de antemano que el trabajo de servicios es «de por sí» improductivo, cosa que no se ha hecho. Si no se ha hecho tal cosa, lo más que cabe decir es que el trabajo de servicios no era productivo desde un punto de vista capitalista cuando aún no se cambiaba por capital, lo que, por lo visto, le incapacitaría para serlo por toda la eternidad. Pero el trabajo productor de mercancías *tampoco* era productivo de por sí antes de «convertirse súbitamente» «por el solo hecho» de estar «organizado» y «asalariado» a la capitaliste. Ningún trabajo es productivo desde el punto de vista capitalista «de por sí», antes de ser comprado por capital: absolutamente ninguno. Pero el privilegio que se concede al pequeño productor de mercancías, que al arruinarse y verse obligado a vender su fuerza de trabajo al capi-

⁵² *Ibid.*, pp. 426-427; la cita de MARX ha sido tomada directamente de *El capital*, cit., libro II, vol. IV, p. 155.

talista pasa «de por sí» a convertirse, con todos los honores, en trabajador productivo, se le niega, en cambio, al pequeño productor de servicios.

¿Qué quiere decir el «de por sí» de Marx? Designa el otro componente que hace falta, además de cambiarse por capital, para ser trabajo productivo; a saber, ser trabajo productivo desde el punto de vista del proceso laboral en general, es decir, ser trabajador productor de valores de uso. Con lo cual, lamentándolo mucho, volvemos al mismo sitio en que estábamos: volvemos a la cuestión de si el trabajo de servicios produce o no valores de uso.

Por lo demás, Marx no pretende dar al pasaje citado por Mandel categoría alguna de «ley general»; se limita a decir que es algo que «resulta claro desde un principio», dos puntos, y sigue el resto. Más aún, tres renglones más arriba averiguamos a qué se refieren la claridad de Marx y la «ley general» de Mandel: «Hoy como ayer, el tiempo que insumen la compra y la venta no crea ningún valor. La función del capital comercial suscita una ilusión. Pero, sin entrar aquí en más detalles, lo siguiente resulta claro desde un principio», etc.⁵³ Al final del mismo capítulo, sin embargo, sí anuncia Marx la tan esperada «ley general»: «La ley general es que *todos los costos de circulación que surgen sólo de la transformación formal de la mercancía no agregan ningún valor a esta última*»⁵⁴. Nosotros ya conocíamos esta ley (véase más arriba), referida *exclusivamente* a la circulación; lo que no nos esperábamos era ver convertida en ley su generalización a diestro y siniestro.

En cuanto a que los trabajos de servicios no juegan ningún papel en la reproducción, aquí se vuelve a dar por supuesto lo que se debería demostrar. Si hay un proceso de producción capitalista de los servicios, la única diferencia con el proceso de producción de mercancías será que el trabajo de los asalariados no tomará la forma de un objeto independiente, la mercancía, que aquél venderá posteriormente para comprar de nuevo fuerza de trabajo, materiales, etcétera. Pero desde el punto de vista de la producción y reproducción del *valor* y el *plusvalor*, que son, según Marx, el producto específico del proceso de producción capitalista, y el único producto que interesa a efectos de discutir la productividad del trabajo; desde el punto de vista de la reproducción del valor, decimos, la única diferencia estriba en que en la producción de servicios ocupa sólo un tiempo (al mismo tiempo que consume la fuerza de trabajo de sus asalariados recibe ya el capitalista del cliente el pago en dinero) lo que en el proceso de producción de mercancías exige dos (primero se consume la fuerza de trabajo en la producción de mercancías, después se cambian en el mercado estas mercancías por dinero). Con esto, por supuesto, no pretendemos haber demostrado que el trabajo asalariado de servicios produce plusvalor, para el capitalista, sino simplemente que, caso de producirlo, tendrá el mismo papel en el proceso de reproducción del valor —que es el que interesa— que el trabajo productor de mercancías, con lo que volvemos una vez más a la

⁵³ K. MARX, *El capital*, loc. cit.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 177.

cuestión de siempre: si el trabajo de servicios es productivo en general, «de por sí», si crea o no valores de uso.

Por lo demás, cuando Mandel habla de la transformación de algo que consiste en el «intercambio de servicios personales por renta» desenfoca el problema, pues lo que nos interesa no es la antigua relación entre el trabajador de servicios y su cliente, ni la nueva entre el capitalista de los servicios y su cliente que la sustituye, sino otra relación también nueva, pero que no sustituye a ninguna: la relación entre el capitalista de los servicios y su asalariado.

«Marx establece, ya en las *Theorien*, una distinción concerniente a la esfera del transporte, entre el transporte de personas —servicio impersonal, cambiado de manera improductiva por renta— y el transporte de mercancías, que eleva el valor de cambio de esas mercancías y es, por tanto, productivo. Si el servicio de transporte de personas, organizado al modo capitalista, no es ya productivo, lo mismo debería ocurrir, con mayor motivo, con las lavanderías, los locales de conciertos, los circos y los gabinetes médicos (policlínicos) o de asistencia legal»⁵⁵.

Lo que Marx dice, en realidad, son tres cosas: primera, que en el transporte «la relación entre los obreros productivos o asalariados y el capitalista es absolutamente la misma que en las demás ramas de la producción material»; segunda, que «en lo que se refiere a las personas [al transporte de personas, MFE] podemos concebirlo simplemente como un servicio (...) Sin embargo, la relación entre los compradores y vendedores de este servicio no presenta la menor afinidad con la relación entre los obreros productivos y el capital, ni tampoco, por ejemplo, con la de los compradores y vendedores de hilados»; en tercer lugar, efectivamente, explica que el transporte modifica el valor de uso de la mercancía, luego aumenta su valor de cambio⁵⁶.

Si recurrimos al texto alemán y hacemos una traducción más precisa del primer fragmento, leemos: «La relación del *trabajo productivo*, es decir, de los trabajadores asalariados con el capital, es aquí enteramente la misma que en las demás esferas de la producción material»⁵⁷. Cualquier duda respecto a la interpretación está fuera de lugar: *todo* trabajador del transporte asalariado (por el capital, se entiende) es un trabajador productivo, y su relación con el capital es la misma que la de cualquier otro trabajador productivo en cualquier otro ramo. Esta afirmación la hace Marx *antes* de entrar en cualquier distinción entre transporte de viajeros y transporte de mercancías. ¿Y qué nos dice sobre el transporte de viajeros? Uno, que es un servicio, como ya sabíamos; dos, que la relación entre el que vende el servicio y el que lo compra no es una relación de capital, lo que se podría decir también explicando que el segundo compra con renta.

⁵⁵ E. MANDEL, *op. cit.*, vol. II, p. 427.

⁵⁶ Cfr. K. MARX, *Teorías de la plusvalía*, cit., vol. I, p. 224.

⁵⁷ «Das Verhältnis der *produktiven arbeit*, i.e. des Lohnarbeiters, zum Kapital ist hier ganz dasselbe wie in der andren Sphären der materiellen Produktion», *Werke*, vol. 26.1, p. 387.

¿Y la relación entre el que ejerce el trabajo vendido como servicio, el trabajador asalariado en los servicios, y el capitalista que lo emplea? Esa, ya lo ha dicho Marx al principio, es idéntica a la existente en cualquier otra rama de la producción material. Marx es taxativo en este punto; pero, de no haber sido así, nos quedaríamos con que la diferencia entre el transporte de personas y el de mercancías es que el primero es un servicio, es decir, ante el problema, como siempre, de determinar si un servicio es un valor de uso y si basta con ello o tiene que ser un valor de uso incorporado a un objeto con color, olor y sabor. En el libro II de *El capital*, Marx se limita a explicar que la circulación de mercancías y el transporte de productos no son una misma cosa⁵⁸ y que el segundo añade valor a la mercancía, pero en ningún momento trata del transporte de personas.

Mandel resume así sus conclusiones: «El límite entre capital productivo y capital de circulación, pues, es exactamente definido por el papel jugado por el trabajo asalariado. Como la mercancía se define por la unidad contradictoria del valor de uso y el valor de cambio, no hay *producción* mercantil, es decir, aumento del valor productivo, más que en la medida en que el trabajo asalariado acrecienta el valor de uso, lo cambia, lo conserva o es indispensable para su realización. En el caso en que el trabajo asalariado es indiferente a este valor de uso, es decir, para el *cuerpo* de la mercancía, y no se emplea más que en función de las exigencias específicas del *cambio de forma* (al contrario de la *formación* del valor de cambio), este trabajo sigue siendo forzosamente improductivo desde el punto de vista del valor. Ampliando esta determinación marxista, podemos concluir que el capital de los servicios propiamente dichos —en la medida en que no se mezcle equivocadamente con el capital que produce mercancías— es tan poco productivo como el capital de la circulación»⁵⁹.

Estrictamente hablando, la transposición «valor de uso, es decir, el cuerpo de la mercancía» ni siquiera es válida para el caso específico de la producción de mercancías. Estar en el desierto de Gobi o en Madrid no modifica el *cuerpo* de un televisor. Transportarlo del desierto de Gobi a Madrid tampoco modifica dicho *cuerpo*. Lo que sí modifica —o al menos es indispensable para su realización— es su valor de uso, porque en el desierto de Gobi ni hay dónde enchufarlo ni hay nadie para comprarlo, mientras que en Madrid sí. Esto lo distingue perfectamente Marx cuando escribe: «las masas de productos no aumentan porque se las transporte. Incluso la modificación de sus propiedades naturales provocada acaso por el transporte no es, con ciertas excepciones, un efecto útil intencional, sino un mal inevitable. Pero el valor de uso de las cosas sólo se efectiviza en su consumo, y su consumo puede hacer necesario su cambio de lugar y, por ende, el proceso adicional de producción que cumple la industria del transporte»⁶⁰.

⁵⁸ Cfr. K. MARX, *El capital*, cit., libro II, vol. IV, p. 178.

⁵⁹ E. MANDEL, *op. cit.*, vol. II, pp. 429-430.

⁶⁰ K. MARX, *El capital*, cit., libro II, vol. IV, pp. 178-179.

(Esto en el libro II de *El capital*. En el apéndice de *Las teorías sobre la plusvalía*, Marx es más confuso: «En cuanto a las mercancías, el objeto de trabajo, la mercancía, experimenta un cambio durante el proceso de trabajo: cambia de lugar y, por consiguiente, de valor de uso, ya que uno es en función de otro. Su valor de cambio aumenta con el trabajo requerido por esta modificación de su valor de uso y la suma de este trabajo se halla determinada, al igual que en los demás procesos, por el desgaste del capital constante, es decir, del trabajo materializado, y del trabajo vivo. Una vez que la mercancía llega a su lugar de destino, esta modificación de su valor de uso desaparece y no deja más rastro que el aumento que experimenta su valor de cambio, el encarecimiento de la mercancía. Es decir, que aunque el trabajo real no deja huella en el valor de uso se traduce, sin embargo, en el valor de cambio de este producto material. Y podemos afirmar que en esta industria, lo mismo que en las demás ramas de la producción material, este trabajo se materializa en la mercancía, a pesar de no dejar ninguna huella visible en su valor de uso»⁶¹.

Hay otra transposición igualmente inadecuada cuando se salta del trabajo invertido en la circulación *de la mercancía*, que, efectivamente, nada tiene que ver con su valor de uso, al trabajo de servicios (al capital de los servicios). ¡Fastuoso descubrimiento, que se reduce a que el trabajo de servicios tiene tan poco que ver con el cuerpo y el valor de uso de la mercancía como el trabajo invertido en la mercancía-televisor con el cuerpo y el valor de uso de la mercancía-barra de pan! Se confunde el punto de vista capitalista en general con el punto de vista particular del capital que explota la producción de mercancías, de la misma manera que se podría confundir con el del capitalista aislado que produce loción para después del afeitado, para quien el trabajo del obrero siderúrgico es tan improductivo, produce tan poco plusvalor, como el del enseñante o el vendedor de cupones de ciegos. Y se confunde porque se parte precisamente de lo que se debía demostrar: que solamente el trabajo que se materializa en mercancías sensibles, con peso, etc., puede producir valor y, por tanto, plusvalor —es decir, ser trabajo productivo.

En el *Tratado de economía marxista*, Mandel ya identificaba la producción de valor con la producción material, pero con menos énfasis: «La línea que separa el trabajo que produce nuevo valor y el que no, es difícil de señalar. En general, se puede decir que todo trabajo que crea, modifica o conserva los valores de uso o que es *técnicamente indispensable* para realizarlos es trabajo productivo, esto es, aumenta su valor de cambio.» Si se añade la determinación de ser trabajo comprado con capital —que produce, por tanto, no sólo valor, sino plusvalor—, probablemente ausente por su carácter obvio, la definición es realmente perfecta. Lo malo viene a continuación: «A esta categoría pertenecen no solamente el trabajo de la producción industrial propiamente dicho, sino también el trabajo de almacenamiento, manejo y trans-

⁶¹ K. MARX, *Teorías de la plusvalía*, cit., vol. I, p. 224.

porte, sin el cual los valores de uso no podrían ser consumidos»⁶², enumeración en la que falta ya el trabajo de servicios.

En *La troisième âge du capitalisme*, donde el error se refuerza y sistematiza en la forma que hemos visto, encontramos, además, un *Leitmotiv*: «De aquí surge una constatación importante: considerada desde el punto de vista de los intereses de conjunto de la clase capitalista, la extensión del sector de servicios en la época del capitalismo tardío representa un mal menor. Persigue mitigar la existencia de capitales excedentarios, pero sigue siendo un mal, en tanto que no hace sino aumentar de manera indirecta la masa total de plusvalor ingresada por la clase capitalista al acortar la duración del ciclo de reproducción del capital (aceleración de la realización del plusvalor), y ello en una medida relativamente reducida. La lógica del capitalismo tardío le lleva, por consiguiente, a transformar el capital en barbecho en capital de servicios y a sustituir, al mismo tiempo, el capital de servicios por capital productivo, es decir, el suministro de servicios por la producción de mercancías»⁶³. Conclusión impecable... si la premisa fuera cierta.

* * *

Vamos a seguir ahora la parte de la exposición, en las *Teorías sobre la plusvalía*, que se refiere a la definición por Adam Smith del trabajo productivo como aquel que produce mercancías, parte que habíamos dejado antes pendiente⁶⁴.

En un primer momento, Marx se limita a ir explicando lo que el otro dice, aunque utilizando con frecuencia la terminología propia y desarrollándolo a veces por su cuenta. En general, no obstante, no hace sino citar y resumir a Smith, salvo para corregirle cuando se sale del punto de vista de la producción capitalista en la definición del trabajo productivo. Así, por ejemplo, cuando afirma que en Smith «el trabajo de un obrero se califica de productivo siempre y cuando que reponga por medio de un equivalente el valor consumido y que su trabajo añada a una materia cualquiera la misma cantidad de valor que se contiene en el salario [es decir, aunque no produzca plusvalor, MFE]. Aquí salimos de la definición del obrero productivo o improductivo atendiendo a su relación con la producción capitalista»⁶⁵.

O cuando Smith, tras definir el trabajo improductivo como uno que no deja huella ninguna sobre objeto alguno, se encuentra que algunos trabajos de servicios —a los que en general ha considerado improductivos—, como la costurera que zurce nuestra chaqueta, dejan huella en un objeto y, además, mañana podemos decidir vender este objeto como mercancía con un valor de

⁶² E. MANDEL, *Marxist economic theory*, p. 191, The Merlin Press, Londres, 2.ª ed., 1971.

⁶³ E. MANDEL, *La troisième âge du capitalisme*, cit., vol. II, pp. 430-431.

⁶⁴ K. MARX, *Teorías sobre la plusvalía*, cit., pp. 138-150.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 140.

cambio que ha sido aumentado por el trabajo que en él se invirtió. Smith despacha este problema argumentando que tales trabajos especiales son una categoría insignificante frente al conjunto de los trabajos de servicios, pero Marx le corrige, de todos modos, que «lo que clasifica a un trabajo como productivo o improductivo no es forzosamente el carácter especial del trabajo ni la forma de su producto. Un mismo trabajo puede ser productivo, si lo compra un capitalista, un productor, para obtener de él una ganancia, o improductivo, si lo compra un consumidor, una persona que invierte en él una parte de sus rentas para consumir su valor de uso, lo mismo si éste desaparece al ponerse en funciones la fuerza de trabajo, que si toma cuerpo o se realiza en un objeto. Para quien compra su trabajo como capitalista, la cocinera produce una mercancía. (...) En cambio, si compro el trabajo de la cocinera para que guise para mí (...) será (...) un trabajo improductivo»⁶⁶. En otras palabras: si bien es cierto que algunos trabajadores de servicios modifican materialmente el objeto sobre el que trabajan —lo que los separa de la definición de trabajador improductivo que da Smith—, ello no los convierte en trabajadores productivos, en la medida en que su trabajo se sigue cambiando por renta, es decir, que no son empleados por el capital.

La tercera corrección de peso que Marx hace a Smith apunta en sentido contrario, aunque Marx no llegue a proclamar explícitamente haberse topado con trabajo productivo: «Un empresario de espectáculos, de conciertos, de casas públicas, etc., compra el derecho a disponer temporalmente de la fuerza de trabajo de los actores, de los músicos, de las prostitutas, etc. Luego vende esta fuerza de trabajo al público, reembolsándose con ello de los salarios y obteniendo una ganancia. Y si estos servicios son susceptibles de repetición, pues reponen por sí mismos el fondo que los paga. (...) Es verdad que estos servicios se les pagan a los empresarios a cargo de las rentas del público. Pero no por ello es menos cierto que esto puede decirse de todos los productos, siempre y cuando que entren en el consumo individual»⁶⁷. Esta objeción se puede resumir así: supuestos trabajos improductivos, según Smith, se compran con capital, reponen el fondo de que se les paga y arrojan una ganancia, es decir, parecen, al menos, añadir valor; o sea, contradicen tres, o al menos dos, de los criterios que les clasificarían como improductivos, aun cuando respondan al cuarto, no intervenir en la producción material de mercancías.

Una cuarta corrección se refiere a la fuerza de trabajo, que el mismo Smith admite es una mercancía. «La totalidad de las mercancías puede dividirse en dos grandes grupos: de una parte, la fuerza de trabajo; de otra parte, las demás mercancías. Todos los servicios destinados a formar la fuerza de trabajo, a conservarla, a modificarla, etc., a especializarla o simplemente a mantenerla en buen estado, por ejemplo, los servicios del maestro de escuela, en aquello en que son industrialmente necesarios, los del médico que vela por la salud,

⁶⁶ *Ibid.*, pp. 142-143.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 143.

conservando así la fuente de todos los valores y, por tanto, la fuerza de trabajo misma, son, por consiguiente, servicios que contribuyen a hacer valer una mercancía susceptible de ser vendida, la fuerza de trabajo, y que figuran entre los gastos de producción y reproducción de esta fuerza. (...) [No obstante lo cual,] ni el trabajo del maestro de escuela ni el del médico crean directamente el fondo del que cobran, aunque sus servicios figuren entre los gastos de producción del fondo que crea todos los valores, de la fuerza de trabajo»⁶⁸. (Evidentemente, Marx se refiere aquí a un maestro y un médico que no trabajan empleados por un capitalista como tal.) En realidad, esta objeción se reduce a ser un caso especial de la que hemos visto en segundo lugar.

Después de esta serie de correcciones parciales, que se limitan a mostrar algunas insuficiencias, errores y contradicciones internas en las definiciones de Smith, Marx concluye: «A. Smith viene a decir, pues, en resumen, que trabajo productivo es el que produce mercancías y trabajo improductivo el que no produce mercancías. Pero admitiendo que tanto uno como otro son una mercancía. (...) Pero la idea de mercancía supone la plasmación, la materialización o realización del trabajo en su producto»⁶⁹.

Para responder a la caracterización de la fuerza de trabajo como mercancía, Marx propone, siempre desde el punto de vista y con los elementos aportados por Smith, una síntesis más comprehensiva: «Sin embargo, esta materialización del trabajo no debe tomarse en el sentido estrecho en que la toma A. Smith. Cuando hablamos de la mercancía como materia de trabajo, en el sentido de su valor de cambio, nos referimos a una existencia ficticia, exclusivamente social de la mercancía, totalmente distinta de su realidad física; la enfocamos como una determinada cantidad de trabajo social. Puede ocurrir que el trabajo concreto de que es fruto no deje la menor señal en ella. En el producto industrial, esta huella es la forma externa que conserva la materia prima. En la agricultura, la forma de las mercancías, del trigo, de la ternera, etc., es asimismo el fruto del trabajo humano continuado y completado de generación en generación, pero el producto no lo indica. Otros trabajos industriales no tienen por finalidad modificar la forma del objeto, sino simplemente desplazarlo de un sitio a otro. (...) No es, pues, de este modo cómo hay que entender la materialización del trabajo en las mercancías. La ilusión nace aquí del hecho de que una relación social reviste la forma de un objeto. Lo que sí es exacto es que la mercancía aparece como-trabajo pretérito, materializado, por cuya razón, si no se presenta bajo la forma de un objeto, sólo puede asumir la forma de la fuerza de trabajo, mas no directamente como trabajo vivo, sino dando un rodeo que podrá parecer indiferente en la práctica, pero que no lo es: a través de la determinación de los diversos salarios. Trabajo productivo sería, pues, según esto, el que produce mercancías o produce directamente, forma, desarrolla, conserva o reproduce la fuerza del tra-

⁶⁸ *Ibid.*, p. 144.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 146.

bajo misma. A. Smith elimina de su categoría del trabajo productivo el de la segunda clase, dándose cuenta de que si lo incluyese en ella abriría de par en par las puertas e ilusiones de todo género»⁷⁰.

En suma: si la fuerza de trabajo es una mercancía, todo el trabajo que se emplea en producirla es —siempre que sea trabajo vendido a un capitalista y de nuevo, por éste, al consumidor, al propietario de la fuerza de trabajo en que se invierte— trabajo productivo. Esto ya basta por sí sólo para proclamar el carácter productivo de una buena parte del trabajo de servicios, una parte bastante mayor de lo que parecería a primera vista.

* * *

Pero hay varias objeciones que merecen ser examinadas. La primera es que la fuerza de trabajo, en cuanto tal, no tiene una existencia separada de la del trabajador, no existe independientemente en forma de objeto antes de ser consumida, a diferencia de todas las demás mercancías, que adoptan esta forma de existencia precisamente antes de su consumo. Sin embargo, ésta es precisamente la objeción a que responde Marx al relativizar la idea de materialización.

Una segunda objeción sería que, aunque el trabajo que se emplea en su especialización o en cualquier otro aspecto de su proceso de producción sea trabajo vendido por un capitalista (el trabajo de un profesor, vendido por su empresario, por ejemplo), en ningún momento aparece la mercancía fuerza de trabajo como resultado de un proceso de producción específico y propiedad de un capitalista determinado, como ocurre con las demás mercancías. Esto, sin embargo, si bien es cierto que ocurre con la mayoría de las otras mercancías, ni ocurre con todas ni tiene nada que ver con el carácter productivo o no del trabajo de que se trate. Así, por ejemplo, el que la mercancía transportada no pertenezca al transportista no afecta en modo alguno al carácter productivo del trabajo de sus asalariados; de la misma manera, el que la fuerza de trabajo pertenezca siempre al joven estudiante y futuro trabajador, no dice nada sobre el carácter productivo o no del trabajo del enseñante, que depende entonces tan sólo de su relación con el capital.

Otra objeción más puede ser la de que la mercancía fuerza de trabajo no puede ser considerada resultado de ningún proceso productivo particular, sino de varios: procreación, alimentación, enseñanza, etc. Desde el punto de vista de la división o la cooperación del trabajo, esto no supone ninguna dificultad: lo mismo ocurre en el interior de un taller que produce una mercancía «normal», que ésta no aparece como resultado de ningún obrero en particular, sino de todo el colectivo, pero esto no afecta al carácter productivo de cada uno de los trabajadores. A esto se puede objetar que en este ejemplo todas las partes del proceso productivo pertenecen al mismo capital, mientras que

⁷⁰ *Ibid.*, pp. 146-147.

en el caso de la producción de la fuerza de trabajo se trata de procesos diferentes. Entonces daremos un nuevo salto: infinidad de mercancías son el resultado de procesos de producción sucesivos; por ejemplo, un televisor se construye con lámparas que produjo otra empresa, las cuales, a su vez, con vidrio y silicio que fabricó una tercera, etc. Se puede objetar nuevamente que, en cada uno de esos pasos, se manifestaron como mercancías determinadas el vidrio y el silicio, las lámparas y el televisor mismo, como mañana podría hacerlo un yate al que el televisor hubiera sido incorporado como accesorio. Pero esta objeción tampoco es definitiva: ¿y si yo, para dejar el ejemplo del televisor, que tiene demasiados elementos, compro un árbol, contrato a un transportista para que lo traslade a una serrería que trabaja con sus propias materias primas y produce mercancías, pero convengo al patrón de que me lo corten —pagándole a él— sus operarios, recojo los tablones y, previo transporte, aparezco en una fábrica de muebles donde, en las mismas condiciones, convierten mis tablones en mesas que me dedico a vender tan pronto pueda? El resultado final del proceso es una mercancía, lo mismo que si el maderero hubiera vendido directamente al aserrador y éste al mueblista. Maderero, aserrador y mueblista, así como los transportistas, han explotado el trabajo que sus asalariados han realizado en mi árbol lo mismo que si se hubiera practicado sobre elementos de su propiedad. La madera, a pesar de sus sucesivas metamorfosis sensibles, sólo ha actuado como mercancía al principio, cuando me fue vendido el árbol, y al final, cuando la vendo como muebles. ¿Ha dejado por ello de ser productivo el trabajo de los sucesivos asalariados que le han dado forma? Evidentemente, no, se mire por donde se mire.

Este batiburrillo tiene, además, obsérvese bien, la cualidad de mostrar un ejemplo práctico de trabajo de servicios productivos —toda vez que sea explotado en forma capitalista—, pues como trabajos de servicios me han sido vendidos los que sucesivamente he comprado para convertir el árbol en muebles. Más aún, si instalo los muebles en mi casa, es decir, si como resultado del proceso no hay mercancía alguna, parece evidente que, a pesar de ello, los trabajos realizados sobre la madera seguirán siendo trabajos productivos, pues han producido plusvalor. Mas aquí la cosa se complica de nuevo: para que los respectivos capitalistas se hayan podido apropiarse de sus respectivos plusvalores, el valor tiene que haberse realizado en alguna parte, y, sin embargo, los muebles, enteros y con todo su valor, están en mi casa y nadie va a sacarlos de ahí. ¿Dónde se ha realizado entonces el valor? En la venta por los capitalistas, compra por mi parte, de una porción de la fuerza de trabajo de sus obreros, es decir, en la venta capitalista de servicios.

Volvamos, pues, a la fuerza de trabajo como mercancía y el trabajo que la produce como trabajo productivo. Una cuarta objeción sería la de que un trabajo como el de enseñante, por ejemplo, bien puede incluir muy poco de trabajo útil para cualificar la fuerza de trabajo y mucho, en cambio, de disciplinamiento, inculcación ideológica, etc. Esto es cierto: sólo una pequeña

parte de la enseñanza resulta «industrialmente necesaria», por utilizar una expresión que acabamos de leer de la pluma de Marx. En todo caso, pues, esa parte de trabajo del enseñante sería trabajo productivo. ¿Quiere decir esto que todo lo demás es trabajo improductivo? No necesariamente. Puede serlo o no serlo. Una parte, indudablemente, no lo será: desde un punto de vista económico, y desde el punto de vista del poseedor de la fuerza de trabajo como poseedor de la fuerza de trabajo o desde el del capitalista que le empleará en su día, la enseñanza de la Constitución es tan productiva como para el fabricante de cigarrillos el trabajo empleado en imprimir sobre la cajetilla que el tabaco produce cáncer.

Pero esto no significa que sólo aquella formación que permite directamente aumentar la capacidad o la productividad del trabajo forme parte del costo de la fuerza de trabajo y, por ende, sea productiva. La enseñanza musical puede no ser útil para trabajar, pero ello no impide que pueda formar parte igualmente del componente histórico, social y cultural del coste de la fuerza de trabajo. Si los trabajadores de los ochenta se reponen del esfuerzo realizado en el trabajo yendo al teatro en vez de a la taberna, el tiempo de trabajo invertido en la función teatral pasa a formar parte, a prorrata, del coste de la fuerza de trabajo de los que asisten a ella. Y si los actores son asalariados de un capitalista, su trabajo, que produce plusvalor y se incorpora a un objeto —la fuerza de trabajo, que sale visiblemente más satisfecha al final del programa—, es, por consiguiente, trabajo productivo, trabajo que se cambia por un capital y produce mercancías. (Naturalmente, lo que forma parte del coste de la fuerza de trabajo no es *Macbeth* interpretado por la compañía X, sino una cierta posibilidad económica de disfrutar de bienes culturales, igual que tampoco entra la verdura que comeré el lunes, sino una cierta cantidad de dinero que emplearé en verdura o en pescado, según me parezca.)

Así, dando un estrepitoso rodeo a través de la teoría de que sólo es productivo el trabajo que produce mercancías, hemos llegado a la conclusión de que lo es una parte muy importante del trabajo de servicios. ¿Por qué llegamos a eso? Por haber considerado, justamente, a la fuerza de trabajo como una mercancía más. (Mandel, en cambio, tiene que prescindir de hecho de la fuerza de trabajo porque se le colarían buena parte al menos de los servicios por la puerta de atrás.)

* * *

Marx insiste constantemente en que, de las dos definiciones de Smith, la única realmente válida es la segunda, aunque sin pronunciarse nunca en contra de la otra. «La mercancía —escribe— constituye la forma más elemental de la riqueza burguesa. Decir que trabajo productivo es el que produce mercancías es, pues, mantener un punto de vista mucho más elemental que decir que trabajo productivo es el que produce capital» ⁷¹.

⁷¹ *Ibid.*, p. 148.

De paso, intenta ofrecer una explicación de la génesis de la segunda teoría de Smith: «La determinación de la plusvalía depende, naturalmente, de la forma que se dé al valor. En el sistema monetario y mercantilista presenta la forma del dinero; en los fisiócratas, la del producto de la tierra, la del producto agrícola; finalmente, en Smith, la de la mercancía pura y simplemente. Los fisiócratas, en la medida en que estudian la sustancia del valor, ven, pues, únicamente el valor de uso, la materia; los mercantilistas, simplemente la forma bajo la que se presenta el producto del trabajo social general: el dinero; A. Smith agrupa las dos condiciones, valor de uso y valor de cambio, y entiende que todo trabajo es productivo siempre y cuando que asuma la forma de valor de uso, de producto útil. Lo cual supone, a su vez, que el producto equivale a una determinada cantidad de trabajo social general. En relación con los fisiócratas, A. Smith restablece el valor del producto como el elemento esencial de la riqueza burguesa, pero repudiando de otra parte la forma puramente imaginaria del oro y la plata. De este modo *reincide incuestionablemente en la idea mercantilista de la perdurabilidad* o, dicho más exactamente, *de la perennidad*»⁷².

La teoría de Smith que identifica el trabajo productivo con la producción material de mercancías, pues, se presenta aquí como el resultado de una opción previa: sólo las mercancías representan valor, sólo el valor que perdura es verdadero valor. Los mercantilistas consideraban que todas las mercancías eran efímeras, se consumían, menos una: el dinero, y por ello identificaban la producción de valor con la acumulación de la única mercancía perdurable, ese mismo dinero. Smith disminuye la exigencia de perdurabilidad, pero la mantiene al exigir que la huella del trabajo no desaparezca con el trabajo mismo; por eso identifica valor con mercancías materiales. En verdad, ésa es la forma real en que la acumulación se presenta en su tiempo.

«Adam Smith —prosigue Marx— establece entre las mercancías y los servicios la misma distinción que el sistema monetario [*i.e.* los mercantilistas, MFE] establece entre el oro y la plata y las demás mercancías. Y, como en el sistema monetario, la distinción sigue respondiendo a la acumulación, que ahora no reviste ya la forma de atesoramiento, sino la de reproducción real. La mercancía desaparece al consumirse, pero reproduce con ello una mercancía de valor superior; y si no se emplea de este modo, es porque ella misma es un valor con el que pueden comprarse otras mercancías. (...) Los servicios, los trabajos improductivos, no se convierten nuevamente en dinero. Nadie puede pagar sus deudas ni comprar mercancías o trabajo productivo de plusvalía con los servicios que paga al abogado, al médico, al sacerdote, al músico, al gobernante, al soldado, etc. Estos servicios desaparecen como artículos de consumo percederos»⁷³.

⁷² *Loc. cit.* Los subrayados son nuestros.

⁷³ *Ibid.*, p. 149. Este pasaje pertenece en realidad a otro lugar que el que le da Kautsky, a la p. 418 del manuscrito. Se encuentra en *Werke*, vol. 26.1, pp. 275-277.

El comienzo del pasaje es, simplemente, el reproche a Smith de operar una división tan arbitraria entre las mercancías y los servicios como la que los mercantilistas operaban entre la mercancía-dinero y el resto de las mercancías. A renglón seguido, Marx aborda la línea de razonamiento del mismo Smith. La mercancía produce un valor superior al consumirse porque sigue empleándose como capital, como una de las formas adoptadas por el capital. Por eso es indiferente que se trate de mercancías que entran como valores de uso en el proceso de producción («al consumirse»: por ejemplo, la tela que el fabricante de chaquetas ha comprado como mercancía) o de las mercancías que necesitan cambiarse por otros valores de uso para volver a entrar en la reproducción material (el «valor con el que pueden comprarse otras mercancías»: por ejemplo, el fabricante dedica parte de las chaquetas producidas, previa su venta o transformación en dinero, a comprar de nuevo tela con la que repetir el proceso). En cambio, si nos ponemos en el lugar del fabricante de las telas, la chaqueta que compra para su uso personal (la misma que ha producido el otro) no entra en absoluto en el proceso de producción de la tela, es decir, en su propio proceso de reproducción (aunque formó parte del otro proceso de reproducción). La chaqueta, que para su fabricante era parte de la metamorfosis de su capital tanto como el dinero, la tela o la fuerza de trabajo, para el fabricante de telas era sólo un «artículo de consumo perecedero».

Esto nos permitirá comprender mejor la segunda parte del pasaje. Los servicios, efectivamente, no se convierten de nuevo en dinero. El fabricante de chaquetas no puede volver a convertir en dinero su salud restaurada o la sinfonía recién escuchada; seguramente no lo desea, pero tampoco podría aunque lo deseara. ¿Por qué no puede ni podría? Porque ha comprado estos servicios con renta, porque los ha consumido como artículos perecederos; en fin, por las mismas razones por las que tampoco puede volver a convertir en dinero el cochinito que comió ayer, aunque lo había comprado como mercancía material.

Pero supongamos que el fabricante no ha alquilado un músico para escucharlo en su casa, sino que ha preferido escuchar a una orquesta; supongamos, cosa nada difícil, que esta orquesta no es independiente, sino que trabaja a cambio de un salario para el propietario de la sala de conciertos. Desde el punto de vista del fabricante de chaquetas, el dinero que gasta en el concierto, no importa cómo lo haya obtenido, sigue siendo, sigue gastándose, de manera tan improductiva como antes. Pero ¿y desde el punto de vista del propietario de la sala de conciertos? No cabe duda de que con el dinero obtenido de las entradas puede comprar mercancías: puede comprar chaquetas al fabricante o puede volver a comprar la fuerza de trabajo de los mismos músicos, además de embolsarse un beneficio. Desde su punto de vista, el trabajo del músico es tan productivo como desde el punto de vista del fabricante el de sus obreros. La música que los músicos producen es tan valor de uso como la chaqueta; se podrá pensar que su valor de uso es menos necesario que el

de la chaqueta, pero esto poco le importa a nuestro fabricante, que tiene ya el ropero lleno; por lo demás, la música puede ser «menos útil» que las chaquetas, pero sin duda es «más útil» que los collares, a pesar de que éstos sean mercancías de materialidad indudable, creadas por un trabajo productivo cuando éste es empleado por capital.

«En el fondo —termina Marx—, A. Smith viene, pues, a decir lo mismo que habían dicho los defensores del sistema monetario. Para éstos, el único trabajo productivo es el trabajo que crea dinero, que crea oro y plata; para A. Smith, es trabajo productivo el que produce dinero para su comprador. La única diferencia estriba en que los defensores del sistema monetario no reconocen como dinero más que los metales preciosos representativos de valor de cambio, mientras que A. Smith atribuye este carácter, aunque bajo una forma indirecta, a todas las mercancías. Esta diferencia tiene su base en el carácter de la producción burguesa: en ella la riqueza no equivale al valor de uso, la única riqueza es la mercancía; el valor de uso no es más que el representante del valor de cambio en cuanto dinero. (...).

»Si A. Smith, con pleno dominio del problema, se hubiese atendido a su análisis material de la plusvalía creada por el cambio de capital por salario, sólo habría reconocido como trabajo productivo el trabajo que se cambia por capital. La renta no puede cambiarse por trabajo productivo más que después de haberse convertido en capital.

»Pero, en vez de esto, se abraza a la idea anterior según la cual el trabajo productivo es el que produce directamente riqueza material y la combina con su propia distinción, basada en el cambio entre el capital y el trabajo o entre la renta y el trabajo, llegando así a esta conclusión: el trabajo por el que se cambia capital es siempre productivo, y crea siempre riqueza material, etcétera. El trabajo que se cambia por renta puede ser productivo o no serlo, pero quien invierte su renta prefiere con mucho poner en acción trabajo directamente productivo. Como vemos, con esta combinación, A. Smith atenúa considerablemente la diferencia fundamental»⁷⁴.

⁷⁴ *Ibid.*, pp. 149-150. Una advertencia sobre esta cita: en la edición española —de la que ya sabemos que sigue la de Kautsky—, este pasaje da fin al apartado referente a la teoría del trabajo productivo como trabajo productor de mercancías de Smith. El primer punto —desde «en el fondo» a «en cuanto dinero»— pertenece, efectivamente, a la página 418 del manuscrito y figura así en *Werke*, 26.1, pp. 275-277. En cambio, los otros dos puntos —desde «Si A. Smith» hasta «la diferencia fundamental»—, que se supone pertenecen a la misma página o a la 419, no hemos podido encontrarlos en la edición Dietz. Desde el final del párrafo del que forma parte el primer punto —párrafo que nosotros hemos omitido sustituyéndolo por puntos suspensivos—, y que finaliza diciendo «sin que su magnitud de valor cambie», en la edición castellana, y «*sondern ihre Wertgrösse nicht verändern*», en la alemana (pp. 150 y 277, respectivamente), las *Werke* pasan directamente, sin indicar siquiera si la p. 418 del manuscrito se ha agotado, a un epígrafe sobre Necker (p. 278). En la línea 22 de este epígrafe se nos indica que pasemos a la página 420 del manuscrito, lo que hace suponer que veníamos de la 419, pero 22 líneas de esta edición sólo pueden ser, con suerte, la cuarta o la tercera parte de una página original de Marx. En suma, no encontramos en la edición Dietz parte del fragmento que Kautsky atribuye a las páginas originales 418 y 419, pero es evidente que falta —al me-

Es decir: A. Smith no hace sino ampliar la categoría de perdurabilidad. Los mercantilistas no veían riqueza material sino allá donde no había otro valor de uso que el de representar riqueza, el de ser valor de cambio: en el dinero. Smith comprende que la diferencia entre los valores de uso de las mercancías —incluido el dinero— se borra desde el punto de vista capitalista, que esos valores de uso no funcionan para el capitalista sino como portadores de valor de cambio, y que para esto sirven tanto el dinero —el oro y la plata cuando funcionan como mercancías— como las chaquetas —en cuanto mercancías—. A continuación, Smith recibe un rapapolvo por no haberse limitado a la teoría del trabajo productivo como aquel que se cambia por capital y agarrarse a la teoría de la producción material. (Aunque Marx siga hablando de que «la única riqueza es la mercancía» y de «análisis material de la plusvalía», esto no tiene ningún valor en la discusión sobre la independiente materialidad necesaria o no para el resultado del trabajo productivo, como intentaremos mostrar un poco más adelante.)

* * *

Podemos abordar ya aquellos fragmentos en los que Marx habla directamente del trabajo de servicios que se cambia por capital, o del trabajo empleado por el capital de servicios. Pero antes vamos a reseñar dos lugares donde, significativamente, no trata de él: en los *Resultados del proceso inmediato de producción* y en el libro I de *El capital*.

En los *Resultados...* leemos: «Cuanto más se desarrolla la producción de mercancías, tanto más cada uno quiere y debe convertirse en *vendedor de mercancías*, hacer dinero sea con su producto, sea con sus *servicios* —cuando su producto, debido a su naturaleza, sólo exista bajo la forma de servicio—, y ese *hacer dinero* aparece como el objetivo último de todo género de actividad. (...) En la producción capitalista, por un lado, la producción de los productos como mercancías y, por otro, la forma del trabajo como trabajo asalariado se absolutizan. Una serie de funciones y actividades envueltas otrora por una aureola y consideradas como fines en sí mismas, que se ejercían de manera honoraria o se pagaban oblicuamente (como todos los profesionales [*professionals*], médicos, abogados [*barristers*], etc., en Inglaterra, que no podían o no pueden querellar para obtener el pago de sus honorarios), por una parte, se transforman directamente en *trabajos asalariados* [literalmente, trabajadores asalariados: *Lohnarbeiter*], por diferentes que puedan ser su contenido y su pago [aquí hay una llamada que conduce a una referencia a pie de página al *Manifiesto comunista*, MFE]; por la otra, caen —su evaluación, el precio de estas diversas actividades, desde la prostituta hasta el rey— *bajo las leyes que regulan el precio del trabajo asalariado*. (...) Ahora bien,

nos donde hemos tratado de encontrarla— buena parte de la 419 y es posible que falte también algo de la 418. El índice de materias que figura en el vol. 26.3 de las *Werke*, a pesar de ser muy sistemático y meticoloso, no nos ha permitido resolver el problema.

este fenómeno, el de que con el desarrollo de la producción capitalista todos los *servicios* se transforman en *trabajo asalariado* y todos sus ejecutantes en *asalariados*, teniendo en consecuencia esa *característica* en común con el trabajador productivo, induce tanto más a la confusión entre unos y otros por cuanto es un fenómeno característico de la producción capitalista y generado por la misma»⁷⁵.

El pasaje del *Manifiesto* al que remite Marx es el siguiente: «La burguesía despojó de su halo de santidad a todo lo que antes se tenía por venerable y digno de piadoso acatamiento. Convirtió en sus servidores asalariados al médico, al jurista, al poeta, al sacerdote, al hombre de ciencia»⁷⁶.

¿Qué nos dice aquí Marx? Que los trabajadores asalariados de los servicios no son productivos, no deben confundirse con los trabajadores productivos, aunque compartan algunas de sus características. Pero ¿qué trabajadores asalariados de los servicios son éstos? El médico, el abogado y los profesionales, en *Resultados...*, y también el jurista, el poeta, el sacerdote y el científico, en el *Manifiesto*. Sin necesidad de una discusión casuística, es obvio que Marx tiene en mente a los profesionales que hoy llamamos liberales, a los que venden directamente sus servicios al cliente, en el primer caso, y que está haciendo un panfleto y no teoría económica, en el segundo. ¿Dónde están aquí los trabajadores de servicios cuyo servicio solamente llega al cliente a través de la mediación del capital, es decir, los trabajadores de servicios que cambian su trabajo por capital? En ningún lugar.

Dicho sea entre paréntesis, la primera parte de este pasaje de los *Resultados...*, en la que los servicios se ven calificados tanto de «productos» como de «mercancías», debería ser suficiente para prevenir contra cualquier interpretación apresurada, y en cualquier contexto, de estos dos últimos términos como términos que excluyen necesariamente a los servicios.

En el libro I, capítulo XIII, de *El capital*, Marx, tratando la cuestión de cómo la creciente fuerza productiva del trabajo permite mantener un número creciente de trabajadores improductivos, compara cifras de éstos y de trabajadores productivos. Entre los productivos figuran los obreros agrícolas, los del textil, los de la minería y los de la metalurgia y manufacturas metálicas. Entre los improductivos, solamente las «clases domésticas», que sirven «en casas particulares». Ni en un apartado ni en otro, pues, figuran los trabajadores empleados por el capital de los servicios⁷⁷.

* * *

⁷⁵ K. MARX, *El capital*, libro I, capítulo VI (inédito), cit., p. 81. Los corchetes, salvo el que va firmado, son del traductor.

⁷⁶ K. MARX y F. ENGELS, *El manifiesto comunista*, p. 75 (traducción de Wenceslao Roces), Ayuso, Madrid, 1974.

⁷⁷ Cfr. K. MARX, *El capital*, cit., libro I, vol. II, pp. 543-544.

Vamos a abordar, por fin, los pasajes en que Marx habla más directamente del trabajo de servicios que se cambia por capital. Se trata de dos fragmentos, prácticamente idénticos, de los cuales uno forma parte del apéndice añadido por Kautsky a la parte de las *Teorías sobre la plusvalía*, que trata del trabajo productivo e improductivo según Adam Smith⁷⁸, y el otro de los *Resultados del proceso inmediato de la producción*⁷⁹. Ambos forman parte del manuscrito *Zur Kritik...*, pero mientras el apéndice, con el título *Produktivität des Kapitals. Produktive und unproduktive Arbeit* —comprendida una primera parte no incluida por Kautsky en el apéndice—, ocupa las páginas numeradas 1317-1331, el segundo ocupa las páginas 441-495 (con algunas adiciones sueltas: 469 a-m y 262-264). Por consiguiente, mientras nada indique lo contrario, parece lo más adecuado utilizar el contenido en las *Teorías...*, que debe ser el posterior —tanto más tratándose de dos textos virtualmente idénticos.

Advirtamos que, inmediatamente antes del pasaje que vamos a analizar, Marx acaba de decir precisamente lo contrario de lo que nosotros pretendemos: acaba de decir que el trabajo productivo coincide con la producción material. El porqué de esta afirmación lo veremos inmediatamente después; de momento vamos a reseñarla. Marx acaba de explicar que la pequeña producción mercantil —y material— cede aceleradamente el paso a la producción capitalista. «Tal es la tendencia propia de una sociedad en la que predomina el tipo de producción capitalista. Podemos, pues, si tenemos en cuenta el carácter sustancial de la producción capitalista, partir del supuesto de que todo el mundo de las mercancías, todas las ramas de la producción material, se hallan sometidas, teóricamente o de hecho, al tipo de producción capitalista. En esta hipótesis, que se aproxima al límite final y que, por tanto, linda cada vez más con la exactitud absoluta, todos los obreros dedicados a la producción de mercancías son obreros asalariados y los medios de producción constituyen para todos ellos capital. Según esto, cabe afirmar que lo que caracteriza a los obreros productivos, es decir, a los obreros que producen capital, es el hecho de que su trabajo se concreta en mercancías, en riqueza material. Por donde hemos descubierto una segunda característica secundaria del trabajo productivo, distinta de su característica determinante e independiente en absoluto del contenido del trabajo.»

Enseguida volveremos sobre esto. Vamos sin interrupción con lo que le sigue, que es lo que nos interesa:

«En la producción inmaterial, aun cuando tenga como finalidad exclusiva el cambio y produzca por tanto mercancías, caben dos hipótesis distintas:

»1) Puede ocurrir que se traduzca en mercancías, en valores de uso que revistan una forma personal, distinta del productor y del consumidor. Por

⁷⁸ Cfr. K. MARX, *Teorías de la plusvalía*, cit., vol. I, pp. 221-222.

⁷⁹ Cfr. K. MARX, *El capital*, libro I, capítulo VI (inédito), cit., pp. 88-89.

consiguiente, estas mercancías pueden existir en el intervalo que separa la producción del consumo, pueden circular y venderse; tal acontece con los libros, con los cuadros, con todas las obras de arte que no se hallan inseparablemente vinculadas al acto de creación artística. El radio de aplicación de la producción capitalista, en este caso, es muy limitado. Un autor, supongamos, puede explotar a toda una serie de colaboradores secundarios para la redacción de una obra colectiva, de una enciclopedia, por ejemplo. En estos casos se observan generalmente las formas que conducen a la producción capitalista: los diversos colaboradores literarios, científicos o artísticos trabajan para un comprador común, el editor. Pero este sistema no encaja todavía, ni siquiera teóricamente, dentro de la producción capitalista propiamente dicha. Y los términos del problema no cambian por el hecho de que sea precisamente en estas formas de transición donde la explotación del trabajo adquiera mayores proporciones.

»2) Hay, por el contrario, casos en que la producción no puede separarse del mismo acto de creación. Es lo que ocurre con todos los ejecutantes, artistas, actores, profesores, médicos, curas, etc. En estos casos, la producción capitalista tiene también un margen muy reducido y no puede llevarse a cabo más que en ciertas ramas. En los establecimientos de enseñanza, por ejemplo, puede ocurrir que los profesores sean simples obreros asalariados a sueldo del director. Este caso es frecuente en Inglaterra. Con respecto al director, estos profesores son obreros productivos, aunque no lo sean con respecto a los alumnos. El director cambia su capital por la fuerza de trabajo de los profesores, enriqueciéndose por medio de esta operación. Otro tanto podemos decir de los directores de teatro, empresarios de conciertos, etc. El actor es un artista para el público y un obrero productivo para su director. Sin embargo, estos fenómenos de la producción capitalista representan episodios insignificantes, si los comparamos con el panorama de conjunto. Podemos, por consiguiente, dejarlos de lado.»

A los actores nos los habíamos encontrado ya como trabajadores productivos —cuando cambian su fuerza de trabajo por capital— en la parte de las *Teorías...* dedicada a Smith⁸⁰ y nos los podríamos haber encontrado también en los *Grundrisse*⁸¹.

A los maestros, en el mismo caso, podemos encontrarlos en los *Resultados...* y en el libro I de *El capital*. Reproduciremos estos dos pasajes, que resultan taxativos.

En *Resultados...*: «Un maestro de escuela que enseña a otros no es un trabajador productivo. Pero un maestro de escuela que es contratado con otros para valorizar mediante su trabajo el dinero del empresario [*entrepreneur*]

⁸⁰ Cfr. K. MARX, *Teorías de la plusvalía*, cit., vol. I, p. 143.

⁸¹ Cfr. K. MARX, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, cit., vol. I, p. 270.

de la institución que trafica con el conocimiento [*knowledge mongering institution*], es un trabajador productivo»⁸².

En *El capital*: «Sólo es productivo el trabajador que produce plusvalor para el capitalista o que sirve para la autovalorización del capital. Si se nos permite ofrecer un ejemplo al margen de la esfera de la producción material, digamos que un maestro de escuela, por ejemplo, es un trabajador productivo cuando, además de cultivar las cabezas infantiles, se mata trabajando para enriquecer al empresario. Que este último haya invertido su capital en una fábrica de enseñanza, en vez de hacerlo en una fábrica de embutidos, no altera en nada la relación. El concepto de trabajador productivo, por ende, en modo alguno implica meramente una relación entre actividad y efecto útil, entre trabajador y producto del trabajo, sino, además, una relación de producción específicamente social, que pone en el trabajador la impronta de medio directo de valorización del capital»⁸³.

Volvamos al pasaje de las *Teorías*... Si los servicios estrictamente dichos son productivos, *a fortiori* lo serán aquellos que se incorporan, aunque sea dando un rodeo, a mercancías materiales (por ejemplo, el trabajo del escritor a los libros). Del apartado 1), por consiguiente, no nos interesa sino aclarar algo que puede inducir a confusión. Nos referimos a la afirmación de que «este sistema no encaja todavía, ni siquiera teóricamente, dentro de la producción capitalista propiamente dicha». ¿Cómo podría haber plusvalor, y por tanto trabajo productivo, si no hay producción capitalista? El problema reside en qué quiera decir lo de «propiamente dicha», y se resuelve fácilmente echando una ojeada, por ejemplo, a los *Resultados*...: «Con la producción de la plusvalía relativa (...) se modifica toda la forma real del modo de producción y surge (incluso desde el punto de vista tecnológico) un modo de producción específicamente capitalista»⁸⁴. O bien, lo que en realidad es lo mismo: «La característica general de la subsunción formal sigue siendo la directa subordinación del proceso laboral —cualquiera que sea, tecnológicamente hablando, la forma en que se lleve a cabo— al capital. Sobre esta base, empero, se alza un modo de producción no sólo tecnológicamente específico que metamorfosea la naturaleza real del proceso de trabajo y sus condiciones reales: el modo capitalista de producción. Tan sólo cuando éste entra en escena se opera la subsunción real del trabajo en el capital»⁸⁵.

En otras palabras: en un primer momento, lo único que el capital hace es apoderarse de un modo de producción preexistente; los mismos momentos y elementos de la producción mercantil simple, por ejemplo, se convierten en momentos de la circulación del capital y en propiedad del capitalista, que se limita a tratar de prolongar la jornada de trabajo para extraer plusvalor abso-

⁸² K. MARX, *El capital*, libro I, capítulo VI (inédito), cit., p. 84.

⁸³ K. MARX, *El capital*, cit., libro I, vol. II, p. 616.

⁸⁴ K. MARX, *El capital*, libro I, capítulo VI (inédito), cit., p. 58.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 72.

luto. En un segundo momento, el capital modifica las condiciones técnicas de la producción, particularmente incrementando el capital fijo, elevando, por tanto, su composición orgánica (pero también introduciendo o perfeccionando la división manufacturera del trabajo, etc.) al objeto de aumentar el plusvalor relativo. Entonces, tanto desde el punto de vista de la producción de plusvalor como desde el punto de vista del proceso laboral material, surge el modo de producción capitalista *propriadamente dicho*.

Pero, desde el punto de vista de la producción de plusvalor, ya existía el modo de producción capitalista *en su forma general*. «Es la forma *general* de todo proceso capitalista de producción, pero es a la vez una forma *particular* respecto al modo de producción específicamente capitalista, desarrollado, ya que la última incluye la primera, pero la primera no incluye necesariamente la segunda»⁸⁶. Así, con independencia del horror que pueda inspirar este lenguaje hegelianizante a quien no esté mínimamente familiarizado con él, queda disipada la duda que podía provocar el apartado 1).

Pasemos al apartado 2). En realidad, es más claro que el agua: Marx afirma sin ambages que el trabajo de servicios empleado por un capital es un trabajo productivo. Aclararemos simplemente que la diferencia entre el carácter productivo de los profesores y el actor para sus respectivos empresarios y su carácter improductivo para los alumnos y el público no significa ninguna escapatoria. No quiere decir que sean solamente productivos desde el punto de vista de *ese* empresario pudiendo, al mismo tiempo, no serlo en general. Pretende decir precisamente lo contrario: que aunque no lo sean para los consumidores de servicios, lo son para los capitalistas, lo que quiere decir para el capitalista en general. El trabajo incorporado por el obrero en la mercancía chaqueta no es trabajo productivo, a secas, porque lo sea para todos los capitalistas ni para unos cuantos (para el fabricante de chaquetas, el de telas, el de libros...), sino que basta con que lo sea para uno de ellos: el que la produce, el fabricante de chaquetas. Cuando, sufriendo su última metamorfosis, entra al consumo, cuando alguien se viste con ella, sea quien sea, la gasta ya improductivamente, lo mismo que gastaría el trabajo del profesor o del actor. (Esto no podría generalizarse para el trabajador de comercio, aunque su trabajo aparente ser «productivo» para el capitalista, ya que le enriquece. Aquí se ha perdido la determinación *general* del trabajo productivo: producir un valor de uso; el trabajo que se invierte en mercancías materiales o en servicios produce valores de uso, pero el que se invierte en su circulación —por cierto, que la propiedad de los servicios también puede circular— no produce valor de uso alguno.)

Sin embargo, después de mostrar que el trabajo de servicios que se cambia por capital es trabajo productivo, Marx propone prescindir de «estos fenómenos de la producción capitalista [que] representan episodios insignificantes, si los comparamos con el panorama de conjunto». La misma recomendación

⁸⁶ *Ibid.*, p. 54.

podemos encontrarla por dos veces en los *Resultados...*⁸⁷ y otra más en las *Teorías...*⁸⁸.

Destaquemos, por último, el hecho de que Marx vuelva a afirmar taxativamente el carácter productivo del trabajo de un maestro empleado por un capitalista, es decir, el carácter productivo de un trabajador de servicios que cambia su trabajo por capital, precisamente en el libro I de su obra definitiva, en el último texto económico que él mismo preparó directamente para la imprenta. Lo mismo hemos de hacer con el hecho de que, a la hora de explicar que el carácter productivo o no de un trabajo no tiene que ver con su contenido concreto, Marx recurre siempre, sistemáticamente, al mismo ejemplo: al ejemplo del maestro, al ejemplo de un trabajador de servicios.

* * *

Debemos decir ahora que este problema que tanto trabajo nos ha dado tiene, en realidad, una solución que sorprende por su simplicidad. Y hablamos de «deber» no como confesión ni como petición de perdón por haber dedicado tanto espacio a algo que ahora proclamamos elemental, sino más bien como lamentación porque se haya visto complicado con toda una serie de dificultades que, como enseguida veremos, también tienen su razón de ser.

Es útil en general, tiene un valor de uso, aquello que satisface una necesidad. Da lo mismo cuál sea esa necesidad, que puede ser desde la más sana e imperiosa hasta la más aberrante y superflua. También da lo mismo el que tal necesidad sea satisfecha por un objeto o por una actividad. Trabajo productivo en general es, por consiguiente, aquel que crea el objeto o realiza la actividad llamados a satisfacer esa necesidad. No por obvio hay que olvidar que esa actividad o ese objeto deben estar en condiciones de acceder a la necesidad que están llamados a satisfacer, o viceversa. O sea, que la chaqueta que me va a quitar el frío o a convertir en un *dandy* debe estar donde yo pueda alcanzarla, no en la Luna, por lo que el trabajo de un sastre selenita, si allí nadie pide chaquetas, sería improductivo.

La producción mercantil simple, por ejemplo, exige otra definición del trabajo productivo. Es productivo aquel trabajo que, produciendo valores de uso, produce también valor de cambio. De la chaqueta me puede separar ahora no solamente la distancia, sino también el no tener dinero u otro equivalente con que comprarla. El valor de cambio se interpone entre el valor de uso y la necesidad. Ya no hay más valores de uso —siempre desde el punto de vista de la producción mercantil, es decir, siempre que el sastre no se dedique a regalar las chaquetas—, o, mejor dicho, ya no hay más necesidades que aquellas que tienen detrás una demanda solvente. Si el sastre produce más chaquetas que las que la demanda exige, la «ley» de la oferta y la demanda se en-

⁸⁷ Cfr. *ibid.*, pp. 85 y 89.

⁸⁸ Cfr. K. MARX, *Teorías de la plusvalía*, cit., vol. I, p. 142.

cargará de indicarle que ha empleado más trabajo del socialmente necesario, esto es, de que una parte de su trabajo se manifieste como improductivo.

La producción capitalista hace necesaria, a su vez, otra definición. El objetivo del capitalista no es, como el del pequeño sastre, cambiar equivalentes, sino obtener plusvalor. Para él, o desde el punto de vista de la producción capitalista, es trabajo productivo el que produciendo valores de uso produce también plusvalor. Lo primero es una determinación del proceso laboral en general; lo segundo, de su forma específicamente capitalista (en cuanto proceso social, no en cuanto proceso técnico —hemos visto esto hace un momento—). Donde se dé esta unidad de valor de uso y plusvalor hay trabajo productivo desde el punto de vista del capital. O, lo que es lo mismo, donde se dé la unidad de valor de uso y valor de cambio, producidos por un trabajo que se cambia por capital. O sea: donde se produzcan mercancías o servicios por un trabajo empleado por un capitalista. El trabajo de servicios, por consiguiente, es productivo siempre que se cambie por capital.

El comercio, que por su propia naturaleza no es sino un intercambio de equivalentes, que no altera los valores que entran en él (nos referimos al comercio químicamente puro, desprendido de actividades como el transporte, embalaje, almacenamiento, distribución, etc., que pueden ser productivas si no derivan de la circulación misma, sino que son necesarias para llevar el producto desde el productor al consumidor), no puede nunca producir plusvalor y, por lo tanto, las tareas comerciales no pueden ser trabajo productivo por mucho que se cambien por capital (aunque en el trabajo del empleado de comercio se combinen tareas comerciales propiamente dichas y otras que no lo son; por ejemplo, el carnicero que parte la carne en filetes —trabajo productivo— además de discutir el precio con el cliente o esconder la que ya tiene cuando cree que va a haber un alza de los precios —trabajo improductivo—).

Los trabajos extraeconómicos, naturalmente, tampoco son productivos. El vigilante que cuida de que no haya robos, incendios o huelgas en una fábrica no produce ningún valor de uso ni, por tanto, ningún valor de cambio. Puede ser tan indispensable como quiera, o como ladrones, incendiarios y huelguistas haya por la zona, pero no es una exigencia técnica del proceso de producción: si ladrones, incendiarios y huelguistas se calmaran, no haría falta para nada. De la misma manera, el Estado, en su condición de vigilante de todas las fábricas, es perfectamente improductivo. Si el Estado invierte millones de horas de trabajo en difundir los principios constitucionales o las normas elementales de la convivencia, se trata de horas de trabajo improductivo, por más que pueda ser considerado tremendamente útil y lo pueda ser en realidad.

Todos estos trabajos no producen valor ni, por ende, plusvalor. Y es que no todo trabajo que produce valores de uso produce también valores de cambio. En cambio, lo contrario sí es cierto: todo trabajo que produce valor de cambio produce valor de uso; o, para ser más exactos, todo trabajo que produce valor de cambio es, entre otras cosas, porque produce valores de uso,

pues si no fuera así no sería trabajo socialmente necesario, con lo que tampoco produciría valor de cambio. La definición del trabajo productivo como aquel que produce valor de uso y plusvalor se puede reducir, por ello, a la siguiente: trabajo productivo es aquel que produce plusvalor. (Esto lo hemos visto antes con más detalle.)

* * *

Hay dos objeciones, tan triviales como habituales, a la inclusión de los servicios en el trabajo productivo que queremos responder brevemente. La primera es que sería algo específico del proceso de producción capitalista, y por tanto de cualquier definición desde este punto de vista, la dominación del trabajo muerto, objetivado, sobre el trabajo vivo, la fuerza de trabajo en actividad; es decir, de los medios de producción como capital sobre el trabajo como trabajo asalariado. En los servicios, en cambio, parecería que ningún trabajo objetivado se enfrenta al trabajo vivo, que nada permite aumentar la productividad del trabajador y que, por tanto, sus horas valen lo que cuestan, no producen plusvalor y la ganancia de su capitalista tiene que venir, por consiguiente, del plusvalor que producen los demás.

Expresado así o de otro modo, todo esto no es sino la misma lamentable confusión de siempre entre proceso de producción material y proceso de producción de valor, o proceso de valorización, es decir, el fetichismo de todos los días. En el proceso de producción material, el trabajo objetivado se enfrenta al trabajo vivo en la forma de capital fijo, de máquinas, etc., alrededor de las cuales el obrero funciona como un apéndice; éste es el proceso de producción —técnicamente hablando— específicamente capitalista; también lo es socialmente en cuanto que la extracción de plusvalor relativo ha sustituido a la de plusvalor absoluto. En el proceso de producción de plusvalor, o de valorización, son todas las partes del capital indistintamente las que se enfrentan al trabajo; lo mismo el capital fijo —las máquinas, etc.— que la parte circulante del capital constante —los materiales, etc.— o el capital variable —la parte del capital que se convierte en salarios—. No deja de haber proceso de valorización cualquiera que sea la proporción entre las distintas partes del capital, entre su parte variable y su parte constante, entre su parte fija y su parte circulante. La fuerza productiva del trabajo —y, por tanto, el plusvalor relativo— aumenta sobre todo gracias al capital fijo, pero también puede hacerlo en un principio sin necesidad de él; por ejemplo, por la simple cooperación. El capital fijo no es esencial a la producción capitalista *en general*, y menos aún lo es su proporción respecto al conjunto del capital, ni tampoco la composición orgánica del capital total. Esto tiene que ver con la tasa de plusvalor, pero no con la existencia misma del plusvalor.

Un ejemplo aclarará mejor el problema. En los inicios del capitalismo existieron, e incluso existen ahora, empresas en las que el capital fijo era y es nulo o casi nulo. Existen, por ejemplo, empresas de confección que no reúnen

en un taller y en torno a unos medios de producción propios a obreras costureras, sino que se limitan a entregarles los materiales de trabajo —la tela— para que realicen el trabajo en su propio domicilio y con sus propios medios de producción —las máquinas de coser—; naturalmente, es posible que la propia empresa haga en sus talleres otras tareas que sí exigen capital fijo, como el corte de la tela, el sobrehilado, etc., pero nada exige que lo haga. Son, si se quiere llamarlas así, «empresas pirata» que, una vez que tienen un mercado asegurado y un cierto fondo de capital, pasan a organizar un proceso de producción capitalista propiamente dicho, pero esto no impide que ya antes sus trabajadores o trabajadoras produjeran plusvalor.

Los servicios se caracterizan porque son actividades que, en general, se aplican a la persona misma del cliente o a cosas que no pueden ser fácilmente o de ninguna manera trasladadas a un centro de trabajo único, por lo que resulta difícil la utilización intensiva de capital fijo. Las empresas que limpian cristales no pueden arrancarlos de las ventanas para meterlos en una máquina, sino que tienen que enviar un obrero que los limpie en el lugar donde están: el capital fijo que emplea el obrero se reduce así a un rodillo, un cubo de plástico, una escalera y, tal vez, un pequeño vehículo para el traslado. Los alumnos pueden ser reunidos en grupos de más o menos decenas y edificios escolares de varios centenares, pero no en grupos de miles y edificios de decenas o centenas de millares. La naturaleza misma de los servicios en general y de cada servicio en particular impone limitaciones al aumento de la fuerza productiva del trabajo que se emplea. En cambio, si se sustituye la escuela por la compra y venta de *video-cassettes*, no hay razón alguna, sino al contrario, que impida concentrar su producción en unas pocas fábricas y aumentar hasta límites insospechados la fuerza productiva del trabajo empleado en ella, aumentarla por medio del capital fijo. Por eso, el modo de producción capitalista *propiamente dicho* —la subsunción real del trabajo en el capital y la extracción de plusvalor relativo— tiene poca cabida en los servicios y coincide básica o totalmente con la producción de mercancías, con la fabricación de productos materiales.

La segunda objeción es la que consiste en preguntarse en qué medida es cada vez más rica —si el aumento de la riqueza material es el aumento del valor— una sociedad en la que cada vez se produzcan, proporcionalmente, más servicios y menos mercancías. Estamos otra vez ante el fetichismo de las cosas, que olvida, por cierto, distinguir entre las cosas mismas. Pensando en una sociedad más humana se podría responder directamente que sí, que sería más rica una sociedad que produjera menos mercancías y más servicios, menos cosas que interponer entre las personas y más relaciones entre éstas. Pero éste no es el problema que estamos tratando. Desde el punto de vista de la producción capitalista, cuya riqueza es simplemente el valor, la pregunta es tan banal como en qué medida es más rica una sociedad que produce cada vez, en proporción, más productos superfluos y menos productos necesarios, o más

productos industriales y menos productos agrícolas; en resumen: más cañones y menos mantequilla. Es una objeción hecha desde el punto de vista exclusivo del valor de uso, pero el capital no tiene otro objetivo que el plusvalor, o sea, el valor de cambio, y no reconoce otro valor de uso que el que es portador de valor de cambio, incluido el plusvalor.

La confusión que reina en torno al carácter productivo o no de los servicios es el resultado de una serie de factores combinados. Entre ellos, no es el menos importante un apego excesivo a lo dicho por Marx, o, mejor dicho, un excesivo apego a lo que parece más evidente en su obra y un insuficiente estudio sistemático de la misma.

Marx intentó —con un éxito realmente asombroso— extraer las leyes generales del modo de producción y cambio capitalista a partir del análisis de la sociedad de su tiempo y de su génesis histórica. De la misma forma que le caía lejos en el espacio el modo de producción asiático, le caía lejos en el tiempo el capitalismo actual, con el enorme desarrollo del sector servicios —aunque el análisis ni del uno ni del otro podrá ya prescindir de sus penetrantes observaciones—. En su época, el capital era casi en su totalidad capital productor de mercancías materiales, y aunque pudiera ser previsible la incursión del capital en el sector servicios, Marx tampoco le otorgaba tan larga vida —la que después ha mostrado tener en toda una parte del mundo— como para devanarse los sesos con ello.

Por eso en su obra la producción capitalista es identificada con la producción material, de objetos materiales, con una existencia separada del productor. Así, sus dos obras básicas publicadas en vida, la *Contribución a la crítica de la economía política* y el libro I de *El capital*, comienzan por el análisis de la mercancía. La mercancía como producto social, esto es, como unidad de valor de uso y valor de cambio, se confunde constantemente con la mercancía en cuanto producto material. La producción capitalista parece así que tenga que ser necesariamente producción de objetos como mercancías, quedando excluidos los servicios. Estos, por otra parte, no le merecen ningún análisis específico; sólo aparecen en su obra en las sucesivas discusiones sobre el trabajo productivo.

Los economistas clásicos, como buenos espadachines de la burguesía ascendente, habían puesto especial énfasis en mostrar que el dinero que gastaban los señores feudales y su séquito era improductivo, que el dinero sólo era productivo cuando se gastaba como capital. Smith tenía toda la razón tautológica del mundo cuando decía que el capital tendía a gastarse en emplear trabajadores productivos y la renta a hacerlo con trabajadores improductivos, y esta sencilla tautología se convertía casi en una teoría revolucionaria en un período en que los servicios eran, en su inmensa mayor parte, servicios personales comprados por la nobleza. La otra obsesión de los economistas era mostrar a los burgueses que todo dinero que emplearan como renta, en comprar servicios para su propio consumo, lo perderían, mientras que el que

emplearan en comprar fuerza de trabajo para producir mercancías lo recuperarían aumentado. De la misma forma, podrían haberles explicado que todo el que gastaran en mercancías para su propio consumo lo perderían y todo el que emplearan en explotar trabajadores de servicios de manera capitalista lo recibirían aumentado, pero tenían demasiado clavadas las imágenes contrapuestas del barón con su séquito y el industrial con sus talleres. Además, ¿qué posibilidades podía ofrecer la explotación capitalista de los servicios en una sociedad en la que la mayoría de la población se movía cerca del nivel de subsistencia?

Por lo demás, defendían como única forma de la riqueza la forma en que ésta se les aparecía ante los ojos o se les acumulaba en las manos. El primer capitalismo, fundamentalmente comercial, encontró su expresión en los mercantilistas, para quienes la única riqueza era el dinero en forma de oro y plata acumulados. El capitalismo industrial encontró la suya en los economistas clásicos, para los que la riqueza eran las mercancías materiales y almacenables. El capitalismo de hoy, con su giro a los servicios y la circulación, se ve reflejado en las teorías sobre el crecimiento relativo del sector terciario como expresión del desarrollo económico.

Marx, cuya teoría del trabajo productivo se inspira en gran parte en Smith, recoge las fijaciones de éste, lo que se observa en la desmesurada importancia que otorga a la discusión sobre las distintas formas en que puede gastar su dinero el capitalista, como capital o como renta. Cuando desarrolla por su cuenta la teoría, se ve llevado a reconocer que los trabajadores de los servicios pueden ser y son tan productivos como los de la industria. Pero como considera, y en su tiempo era cierto, que como trabajadores de los servicios representan una proporción ínfima en el conjunto de los trabajadores productivos, y como trabajadores productivos una proporción no menos ínfima entre el total de los trabajadores de servicios, propone de inmediato dejarlos de lado como *quantité négligeable*.

Por otra parte, en cambio, discute el carácter de los trabajadores empleados por el capital en tareas propias de la circulación para llegar, justamente, a la conclusión de que no son productivos. De aquí se deriva que no todos los asalariados son productivos, obviamente. El lector de Marx se encuentra entonces con lo siguiente: 1) No todos los asalariados son productivos. 2) Los trabajadores comerciales no lo son. 3) No se ve por ninguna parte otros trabajadores que los industriales y los comerciales, ni otros capitalistas que el industrial, el comercial y el dinerario; de modo que no aparecen ni el capital de servicios ni el trabajo de servicios al que emplea. 4) No se ve otra producción capitalista que la industrial. 5) Los trabajadores de servicios que aparecen son generalmente curas, servidores domésticos, médicos, etc. ¿Qué puede hacer contra todo esto el sencillo ejemplo del maestro de escuela?

El lector no se da por satisfecho y se lanza sobre el apartado dedicado al transporte, que habla sola y exclusivamente del transporte de mercancías. Si

fuera con otros ojos, se daría cuenta de que Marx se ve obligado a justificar precisamente la parte del transporte que no es servicio, transporte de personas, es decir, aquella parte del transporte que en sí y por sí no produce ningún valor de uso, sino que simplemente es técnicamente necesaria para la realización de valores de uso ya existentes; pero como llega con los ojos obnubilados de mercancías, no ve más que la ausencia del transporte como servicio en el único lugar en que se habla del transporte —y, por ende, del transporte como trabajo productivo—, sin darse cuenta de que aquél no tenía por qué aparecer en un capítulo que trata exclusivamente de los costos de circulación de la mercancía, como su propio título indica.

Si todavía no se da por satisfecho, no le queda sino recurrir a los otros escritos de Marx, donde se encuentra con la recomendación repetida de que debe dejar de lado el tema, además de con toda otra caterva de servidores domésticos y capitalistas que malgastan su dinero en ellos. Unase todo esto y respóndase a la pregunta: ¿qué otra cosa podía surgir de aquí sino la descalificación del trabajo de servicios *tout court* como trabajo improductivo? ¿Qué pueden contra esto los propios fragmentos en que Marx declara inequívocamente el carácter productivo del trabajo empleado por capital de servicios, tanto más cuanto que son textos que representan trabajos en curso, reiterativos, adobados con no poca confusión —al menos terminológica—, textos en los que resulta difícil con frecuencia distinguir cuándo habla el propio Marx y cuándo lo hace Smith por su boca, textos por añadidura escasos?

* * *

Hay otros motivos, ajenos ya a Marx, que contribuyen a reforzar el error, motivos de los que señalaremos tres. El primero es el fetichismo, fetichismo de la mercancía y del capital, que alcanza a los mismos autores marxistas. La idea de que los valores de cambio tienen que ir necesariamente adheridos a cosas independientes no es más que la versión descafeinada de aquella otra que dice que los valores están en las cosas mismas en vez de en el trabajo humano abstracto materializado en ellas, es decir, el fetichismo de la mercancía; en este caso, la sustitución de la unidad entre valor de uso y valor de cambio —la mercancía como existencia social— por el triángulo valor de uso, valor de cambio y objeto —la mercancía social con su realidad física adherida—. Otro tanto sucede con la idea de que para que haya «verdadero» plusvalor tiene que haber «verdadero» capital; a saber: capital fijo, o sea, una cosa. Es el fetichismo del capital y el mismo proceso de sustitución o adhesión de la cosa a la relación social.

El segundo motivo es la lógica misma del proceso capitalista como proceso de valorización, que le lleva a modificar el proceso material de producción como forma de pasar de la obtención de plusvalor absoluto a la obtención de plusvalor relativo. Este tránsito coincide, básicamente, con el tránsito del ca-

pital de servicios al capital industrial y con la asunción de un papel dominante en el proceso material por parte del capital fijo. La producción industrial de mercancías parece ser así, como diría Hegel, la «verdad» del capital, con lo que se refuerza la idea de que allá donde no están presentes no hay proceso de producción capitalista propiamente dicho, lo que no deja de ser cierto, pero conduce a olvidar que ya había proceso de valorización.

El tercero es la tricotomía ya tradicional en la economía burguesa entre sectores primario, secundario y terciario, o agrario, industrial y de servicios. Esta herencia fisiocrática, más o menos fructífera desde el punto de vista de la producción de valores de uso y la distribución del trabajo útil —útil en general—, tiene sobre todo, desde el punto de vista de la producción de plusvalor, una función ideológica. En el sector agrario se confunden los pequeños campesinos no capitalistas con el capital empleado en extraer plusvalor de la producción agraria. En el sector «servicios» se confunden los servicios propiamente dichos con el comercio de mercancías y el comercio de dinero (es decir: los servicios y el comercio no capitalistas más los capitales de servicios, comercial y dinerario, o sea, sobre todo bancario), y a ellos se une, para colmo, el Estado. El capital dinerario ha suscitado durante siglos las iras populares como imagen del vampiro en economía; sobre él y sobre el comercial sentencia Marx que no son productivos; en los servicios y el comercio se mueven todavía más o menos a sus anchas los trabajadores independientes y las empresas familiares, y de chistes sobre la «productividad» de los funcionarios están los tebeos llenos; ni siquiera las empresas capitalistas cuyo capital es de propiedad pública parecen ser muy productivas. ¿Quién se atrevería a declarar productivo semejante sector de «servicios»?

«La economía política clásica —escribe Marx en el libro I de *El capital*, inmediatamente tras una definición del trabajo productivo y el ejemplo del maestro— consideró siempre que la producción de plusvalor era la característica distintiva del trabajo productivo. Al cambiar su concepción respecto a la naturaleza del plusvalor, cambia también, por consiguiente, su definición del trabajador productivo»⁸⁹.

La economía clásica defendió concepciones del plusvalor, y por tanto del trabajo productivo, en estrecha correspondencia con la forma que ante sus ojos adoptaba en general el valor. Marx hizo otro tanto, con la diferencia de que lo hizo conscientemente: a renglón seguido de mostrar el carácter productivo del trabajo de servicios empleado por capital proponía sistemáticamente prescindir de él. El análisis materialista no solamente es aplicable a otras teorías, sino también, ¿por qué no?, a la misma teoría marxista. Hoy, un capitalismo diferente, en el que el sector capitalista de servicios ha cobrado una importancia entonces inusitada, exige un análisis diferente. Análisis que, por cierto, puesto que sus líneas básicas se encuentran ya en Marx, requiere en sí mismo poco esfuerzo teórico, salvo el necesario para desbrozar y apartar todo el cú-

⁸⁹ K. MARX, *El capital*, cit., libro I, vol. II, pp. 616-617.

mulo de errores posteriormente acumulados en el camino. En realidad, no requiere otra cosa que el mínimo coraje —o pluscoraje, si se nos permite la broma— para apartarse del camino trillado —esto es, para una investigación productiva.

* * *

En realidad, no puede decirse que hayan faltado intentos de redefinir el criterio de distinción entre trabajo productivo e improductivo, incluido alguno verdaderamente insólito. Ian Gough señala tres tipos de razones que podrían hacer deseable revisar estos criterios: primera, cambios acaecidos desde la primera formulación en las condiciones reales, entre los que registra el número creciente de bienes y servicios producidos por el Estado que —sin arrojar plusvalor— forman una parte importante del salario real —el llamado salario social—, el crecimiento del número de trabajadores empleados en el comercio y la distribución y el aumento de los productos llamados a satisfacer necesidades que pueden ser consideradas como «superfluas» o «inesenciales»; segunda, un cambio en el objeto del análisis —en parte debido al cambio de las condiciones—, por ejemplo del proceso de creación del plusvalor a la disposición del mismo en las condiciones del capitalismo monopolista; y, tercera, la existencia de ambigüedades en las mismas formulaciones de Marx⁹⁰.

La segunda nos parece la cuestión más importante, pero empezaremos por la tercera, que es la más fácil. Sencillamente, consideramos que en Marx no hay otras ambigüedades que, por un lado, las que consisten en identificar la mercancía con el objeto material convertido en mercancía y, a la vez, con la unidad no necesariamente material de valor de uso y valor de cambio y otras que no son sino distintas versiones de lo mismo, como la identificación entre producción de riqueza, producción material de la riqueza y producción de la riqueza material, etc., es decir, ambigüedades que ya hemos tratado y resuelto suficientemente; por otro, la difícil distinción, en las *Teorías sobre la plusvalía*, entre lo que pertenece a Smith y lo que pertenece a Marx, cosa que también hemos visto. Gough señala como «principal ambigüedad» la que «consiste en la utilización de una perspectiva histórica para distinguir el trabajo necesario para producir un valor de uso dado, al tiempo que se rechaza rigurosamente la utilización de tal perspectiva para determinar la “necesidad” o el “valor de uso” final mismo»⁹¹.

Esta supuesta ambigüedad procede de un error de apreciación del método de Marx. Es preciso distinguir entre la *constatación* de la existencia de una forma que se sabe histórica y la *crítica* de esta forma como forma histórica, *i.e.* no natural ni eterna. Marx hace ambas cosas, tanto con el valor de cambio como con el trabajo necesario para producir un valor de uso o con el valor de uso mismo. En el análisis del trabajo productivo desde el punto de vista capi-

⁹⁰ Cfr. I. GOUGH, *op. cit.*, pp. 70-71.

⁹¹ *Ibid.*, p. 71.

talista sólo cuentan las constataciones: que la riqueza es valor de cambio y su aumento para el capitalista plusvalor; que el trabajo socialmente necesario está determinado por la productividad —material— social media; que valores de uso son los que se demandan. La crítica queda fuera de este análisis y corresponde a otros lugares de la teoría económica y no económica marxista. La crítica del valor de cambio como forma de la riqueza es, en general, la crítica de las formas mercantil simple y capitalista de la producción; la crítica de la forma histórica del trabajo necesario aparece en la distinción entre fuerzas productivas y fuerzas productivas para el capital, en las alusiones a las «fuerzas destructivas» y en la teoría del conflicto entre fuerzas productivas y relaciones de producción; la crítica de los valores de uso como fenómeno histórico está en la misma definición de valor de uso —lo que se demanda, no lo que es «bueno», etc.— y, como el mismo Gough señala más adelante⁹², en la teoría de las necesidades, que puede encontrarse sobre todo en los *Manuscritos* y los *Grundrisse*. La primera y la segunda cuestiones, en realidad, están fuertemente imbricadas, y es a ambas a lo que han tratado de responder los distintos intentos de reformulación que veremos a continuación.

Una serie de teorías son las que vinculan la distinción entre trabajo productivo e improductivo al proceso de reproducción o a la acumulación. Así, Gillman, Morris y Blake proponen distinguir entre el trabajo que produce capital constante o variable y el que produce artículos de lujo (de los que el componente más importante sería el armamento). Esta distinción se corresponde con la que hiciera Marx entre los sectores I, II y III de la producción capitalista (los sectores que producen medios de producción, bienes de consumo y artículos de lujo, respectivamente). Los trabajadores productivos quedarían así englobados en los sectores I y II (lo que no debe confundirse con que estos sectores produzcan, respectivamente, el capital constante y el variable; lo que producen, respectivamente, es el capital fijo y el capital circulante —o, mejor dicho, las mercancías y servicios llamados a convertirse en tales—, pero esta distinción carece de importancia si los consideramos juntos), y los improductivos en el III.

Marx, sin embargo, nunca puso en relación esta distinción entre sectores con su teoría del trabajo productivo. El trabajo empleado por el capital en la producción del sector III seguiría así siendo productivo para Marx y pasaría a ser improductivo para los tres autores citados. El trabajo que produce plusvalor en los sectores I y II y el que no lo produce en el sector III serían, respectivamente, productivo el primero e improductivo el segundo tanto para el uno como para los otros.

Una divergencia suplementaria surge con el trabajo que no produce plusvalor en los sectores I y II (por ejemplo, el trabajo enseñante y sanitario de los asalariados del Estado, que éste paga con renta). Gillman y Morris consideran que su teoría es complementaria con la de Marx, esto es, que la pro-

⁹² Cfr. *ibid.*, pp. 81-83.

ducción de plusvalor sigue siendo un requisito del carácter productivo del trabajo, por lo que lo consideran improductivo en el caso que nos ocupa. Blake, en cambio, considera la teoría como alternativa, por lo que lo declara productivo, ya que el trabajo de los empleados del Estado, incorporándose a la fuerza de trabajo, entraría posteriormente como capital variable en la reproducción⁹³.

Este tipo de opción tiene sentido desde el punto de vista de una teoría del crecimiento económico. La perennidad que Smith reclamaba para los resultados del trabajo productivo ya no se plantea como duración de los resultados mismos, o sea, de los productos materiales, sino en términos de su mantenimiento o reingreso en el proceso de reproducción. Pero una cosa es lo que digan los economistas y otra lo que hace el capital. Para éste, la acumulación no es un fin en sí, sino un medio para aumentar la producción de plusvalor. La opción por una teoría del trabajo productivo basada en la reproducción sólo adquiere pleno sentido práctico con la existencia de una economía planificada o desde el supuesto reformista de un Estado capaz de imponerse al capital, lo que no significa negarle otra utilidad de índole analítica.

Además, desde el punto de vista de la producción capitalista en general, semejante opción implica, una vez más, la confusión entre proceso de valorización y proceso de producción o, lo que es lo mismo, entre proceso de producción del valor y proceso de producción material. En este sentido, Blake es más consecuente que Gillman y Morris, pues prescinde enteramente del primero —aun conservando la determinación de que se trata de trabajo productor de capital, es decir, de trabajo asalariado— para centrarse en el segundo. (Sería más consecuente todavía, claro está, incluir a los pequeños productores no asalariados, que también «acumulan».) En todo caso, ambas variantes representan una ruptura más o menos neta con la definición marxiana.

Otra clase de teorías está formada por las que intentan definir el trabajo productivo —¡desde un punto de vista marxista!— como aquel que no depende de la forma capitalista o del estadio monopolista de la producción. Así, Sweezy define como improductivas una serie de funciones que sobrepasan los límites de lo que sería socialmente necesario en las condiciones del capitalismo competitivo, con lo que el criterio de la productividad sería ni más ni menos que... ¡el capitalismo de los buenos tiempos! En otro lugar, este mismo autor, junto con Baran, propone como funciones productivas las que se mantendrían en un orden económico «más racional» —lo que debe querer decir un orden socialista o comunista, cosa que ya había sostenido Baran por cuenta propia⁹⁴.

La primera propuesta no merece mayor discusión. La segunda tiene un interés relativo que constituye a la vez su mayor dificultad: pretende respon-

⁹³ Cfr. J. GILLMAN, *The falling rate of profit*, Londres, 1957, y *Prosperity in crisis*, Nueva York, 1965 (ed. castellana, Anagrama, 1971); J. MORRIS y J. BLAKE, en *Science and Society*, vols. 22, 1958, y 24, 1960.

⁹⁴ Cfr. P. M. SWEETZ, *Monopoly capital*, Londres, 1970.

der al problema del despilfarro, pero, para ser consecuente, exigiría toda una teoría moral de las necesidades y una amplia futurología sobre las posibilidades técnicas de una producción no dominada por el capital, pues éste conforma la producción tanto técnica como socialmente. Sea como sea, adopta el punto de vista de los valores de uso, se aparta por entero de la definición marxiana y se propone un objetivo diametralmente diferente. Su utilidad, ciertamente, es más política que económica.

* * *

Una vez delimitado el concepto de trabajo productivo desde el punto de vista del capital, podemos determinar en qué sectores de la producción material se localiza. En la sociedad actual, la producción material —*i.e.* de valores de uso, sean bienes o servicios— tiene lugar en cuatro esferas distintas: doméstica, estatal, mercantil simple y capitalista.

En la esfera doméstica se producen exclusivamente valores de uso, pues los productos del trabajo no están destinados al mercado ni, en general, a su consumo fuera de la unidad familiar. Una familia puede ser la base de una pequeña unidad de producción mercantil, como ocurre con las explotaciones agrícolas unifamiliares, con las familias de artesanos que trabajan conjuntamente o con las de titiriteros, pero entonces deben ser consideradas como pequeños productores de mercancías —bienes o servicios—, es decir, como parte del modo de producción mercantil simple.

En la esfera del Estado tampoco se produce otra cosa que no sean valores de uso. Que el consumo de estos valores de uso resulte altamente deseable para los consumidores y usuarios, como ocurre con las carreteras, la sanidad o la enseñanza, o indeseable, como puede ocurrir con la protección policial, es algo que no viene al caso —de la misma manera que no importa que el consumo de algunas mercancías adquiridas en el mercado, como, por ejemplo, los cascos de los motociclistas, sea de carácter forzoso—. De la esfera del Estado están excluidas las empresas que, siendo de propiedad pública, producen directamente para el mercado, las cuales quedan dentro de la esfera capitalista.

En la esfera de la pequeña producción mercantil, además de valores de uso, se produce valor de cambio. En esta esfera se incluyen los pequeños agricultores, artesanos —productores de bienes o de servicios— y profesionales liberales, siempre que no tengan trabajadores asalariados a su servicio.

En estas tres esferas, como es obvio, no se produce plusvalor, cualquiera que sea el grado de productividad técnica y material del trabajo empleado en ellas y cualesquiera que sean las condiciones de trabajo reinantes. Nos queda por analizar, pues, la esfera del modo de producción capitalista. Distinguiremos dentro de ella cinco sectores: agricultura, industria, servicios no comerciales ni financieros, comercio y finanzas.

Los dos primeros, agricultura e industria, producen mercancías no sólo en el sentido marxiano del término, sino también en el sentido vulgar del mismo:

producen cosas nuevas, objetos contables, pesables, medibles y, sobre todo, acumulables. No es preciso discutir, por tanto, que el trabajo realizado en ellos para el capital es trabajo productivo. En cuanto a los servicios no comerciales ni financieros, creemos haber mostrado suficientemente que constituyen, desde un punto de vista económico y social y en la terminología marxista, mercancías, es decir, unidades de valor de uso y valor de cambio y, si media la explotación de trabajo asalariado por el capital, portadoras de plusvalor. El trabajo invertido en ellos, por lo tanto, es productivo al mismo título que el de la industria o la agricultura.

Restan todavía los sectores del comercio y las finanzas. A primera vista, estos sectores y el trabajo empleado en ellos se identifican con la circulación, que, como ya sabemos, no puede producir valor de nueva planta por sí misma ni, por ende, plusvalor. Sin embargo, ya va siendo hora de abandonar este punto de vista simplista y distinguir la circulación en sentido estricto del trabajo comercial o financiero. El trabajo comercial comprende una parte que podemos llamar distribución, que tiene que ver con el cuerpo material de los productos y constituye los últimos pasos necesarios para su consumo como valores de uso y su realización como valores de cambio, y otra que es la circulación en sentido estricto, es decir, la transmutación de las mercancías en dinero y el dinero en mercancías. Sólo a esta segunda parte, que es la que menos tiempo insume, puede aplicarse la caracterización marxiana de trabajo improductivo. La mayor parte del trabajo comercial, por consiguiente, es trabajo productivo.

En el sector financiero ocurre exactamente lo mismo, aunque en proporciones distintas. Cuando Marx se refiere al capital dinerario o financiero, o al trabajo correspondiente, tiene en mente un apartado de la circulación de mercancías, la circulación de la mercancía dinero. Por supuesto, esta circulación es tan improductiva como la de cualquier otra mercancía. Sin embargo, lo que comúnmente llamamos sector financiero, o sea, la banca, las sociedades de inversión, etc. —la banca comprende a la inmensa mayoría de los trabajadores del sector—, es mucho más que eso. Además de ocuparse de la circulación dineraria en sentido estricto, los bancos ofrecen toda una gama de servicios más o menos útiles: custodia del dinero, administración de nóminas, domiciliación de pagos, etc. Aunque ahora se trate más bien de una pequeña parte del montante global de trabajo, a efectos analíticos el trabajo invertido en estos servicios debe ser cuidadosamente distinguido del invertido en la circulación dineraria, y debe ser considerado productivo al mismo título que cualquier otro trabajo de servicios que se cambie por capital. Cuando un banco realiza un pago en nuestro nombre no sólo lleva la contabilidad de nuestro dinero —lo cual ya es en sí un servicio que, de otro modo, tendríamos que contratar con una empresa o un contable independiente, caso de no querer hacerlo nosotros mismos—, sino que también satisface una necesidad que, sin su intermediación, nos exigiría contratar los servicios de una empresa de men-

sajeros, comprar una paloma mensajera debidamente adiestrada o desplazarnos nosotros mismos. Una vez dada la necesidad y la demanda solvente de un valor de uso que la satisfaga, lo que convierte la actividad del trabajador bancario en productiva es lo mismo que convertiría en tal la del mensajero o la del criador de palomas amaestradas: el hecho de trabajar para un capital que es el que nos vende el valor de uso requerido reponiendo su valor de cambio y obteniendo un plusvalor.

Para terminar, queremos señalar dos problemas que quedan abiertos después de lo dicho. La razón de que queden así es doble: por un lado, su tratamiento exigiría una extensión al menos similar a la ya empleada; por otro, confesamos gustosamente que no creemos tener todavía la suficiente claridad al respecto.

El primero, en el que ni siquiera entraremos, consiste en la delimitación de las fronteras del trabajo productivo *dentro* de una unidad productiva. Ya hemos hecho constar con anterioridad la problemática, señalada por Marx, que surge con el modo de producción capitalista propiamente dicho, es decir, con la reorganización capitalista del proceso de trabajo. Marx salta con cierta tranquilidad de considerar cada puesto de trabajo individualmente, o reglas generales de definición del trabajo productivo aplicables nítidamente a una clasificación de los trabajos individuales, a hablar del «trabajador colectivo». En este punto, sin embargo, creemos que es necesario un análisis mucho más preciso de las distintas funciones en la empresa, particularmente el trabajo que se incorpora directamente al producto, el trabajo que versa sobre la circulación del valor y el trabajo de supervisión de la fuerza de trabajo. El problema deriva sobre todo del hecho de que la reorganización capitalista del proceso de trabajo convierte las funciones de supervisión en algo no sólo social, sino también técnicamente necesario, con independencia del carácter de sus causas originales y de en qué medida sean esas nuevas funciones una cosa u otra.

El segundo problema es el lugar del concepto de trabajo productivo en el análisis de las clases sociales, y particularmente en la definición de la clase obrera. Sin duda, éste es el más importante, y no queremos dejar de decir algo sobre él. Algunos autores, como Poulantzas o Nicolaus, consideran que las fronteras del trabajo productivo son también las fronteras del proletariado⁹⁵. Es obvio que, si esto se combina con una definición del trabajo productivo apegada al fetiche de la producción material de objetos, queda una clase proletaria bastante magra y, guste o no, se viene a dar la razón a las teorías de la «sociedad de clase media», por más que a ésta se le aplique el calificativo de «[nueva] pequeña burguesía». Tarde o temprano, estas teorías tienen que acudir a conceptos similares a la «situación de mercado» de Weber⁹⁶ o la «do-

⁹⁵ Cfr. N. POULANTZAS, *op. cit.*, y M. NICOLAUS, «Proletariat and middle-class in Marx», *Studies on the Left*, VII, 1, Jan de Foeb, 1967.

⁹⁶ Cfr. M. WEBER, *Economía y sociedad*, 1.ª parte, II, 8, y 2.ª parte, VIII, 6.

minación» de Dahrendorf⁹⁷ para explicar por qué los asalariados del capital pertenecen a clases distintas.

Como ya se ha dicho, no vamos a entrar aquí de lleno en este debate, que esperamos abordar en otra ocasión. Sin embargo, queremos proponer un punto de partida diferente. El concepto de trabajo productivo carece enteramente de valor para una teoría de las clases sociales. El empeño en su utilización para este fin proviene, en definitiva, de la idea de que la lucha de clases es la lucha por el excedente social, y que éste, bajo el capitalismo, no es otro que el plusvalor. Sin embargo, lo que está en juego en la lucha entre las clases sociales no es simplemente el plusvalor, sino el conjunto de valores de cambio —plusvalor incluido— y de uso producidos por el trabajo humano, es decir, el conjunto de la riqueza generada en las esferas estatal, capitalista, mercantil simple y doméstica.

Por otra parte, las clases no se definen ni se forman en el proceso de producción del valor, de valorización, sino en el proceso de producción material, o proceso de trabajo. La idea de reducir la clase a una posición —los que producen plusvalor o los que no— no es más que una variante pseudo-marxista de la idea funcionalista sobre la «ocupación» de posiciones o el «desempeño» de roles prefijados. Si el concepto de clase sirve para algo, por lo demás, no es como definición económico-analítica, sino como expresión de un grupo social del cual, por su lugar y su práctica en las relaciones de producción, se esperan o se consideran como más probables una serie de comportamientos económicos, sociales, políticos y culturales. Lo que constituye una clase, y a los individuos en miembros de ella, es todo un proceso de experiencia. Esta experiencia depende de la producción de plusvalor, pero no sólo de ella, y si quiere decir algo es la vivencia prolongada de una relación específica con el producto del propio trabajo, con el proceso de trabajo, con los medios de producción, con otros trabajadores, con el mercado, etc. La constitución de la clase obrera no empieza y termina en el momento de la asalarización. Es un largo proceso de división y descualificación del trabajo, de pérdida de control sobre el proceso de trabajo y el ingreso al mismo, de disminución del salario sectorial relativo, de sustitución de unos puestos de trabajo por otros. No hay *una* clase obrera con *una* evolución única, sino sectores distintos que se incorporan en momentos diversos y a ritmos diferentes. Ello no significa que haya un centenar de proletariados, ya que las tendencias en el proceso de trabajo y en los salarios son similares en los distintos sectores, pero sí ritmos diferentes en la subsunción en el modo de producción capitalista propiamente dicho —sin olvidar que, en el límite, la automatización hace desaparecer sectores enteros de la clase obrera o los reduce a cifras exigüas, precisamente los sectores más estrictamente proletarizados—. Por utilizar un ejemplo, las condiciones de trabajo comparativamente mejores respecto

⁹⁷ Cfr. R. DAHRENDORF, *Class and class conflict in industrial society*, Stanford University Press, 1959; ed. castellana, Rialp, 1979.

de los trabajadores industriales de que disfruta hoy el sector de empleados no manuales, que goza todavía de una cierta autonomía en sus tareas, salarios más altos, empleos más estables, etc., se pueden comparar con las que en su tiempo tuvieron los trabajadores manuales altamente cualificados que eran empleados por la nueva industria capitalista, y el futuro que les espera probablemente no sea distinto del que encontraron éstos.

Este enfoque, además, permite un análisis menos sesgado de los colectivos que trabajan para el Estado, algunos de los cuales tienen muy poco que los distinga del proletariado industrial en el sector privado. En definitiva, lo que proponemos es analizar las clases sociales desde el punto de vista de su relación con los medios de producción y de sus condiciones de trabajo, las relaciones sociales de producción en que están inmersas, y no desde la perspectiva de una tipología de los valores de uso en que se invierte su trabajo, que es el punto de partida de quienes emplean una concepción restrictiva del trabajo productivo como rasero, ni de la producción o no de plusvalor, que sería el de quienes aplicaran una concepción más amplia del mismo rasero.